

BOLSILIBROS
BRUGUERA

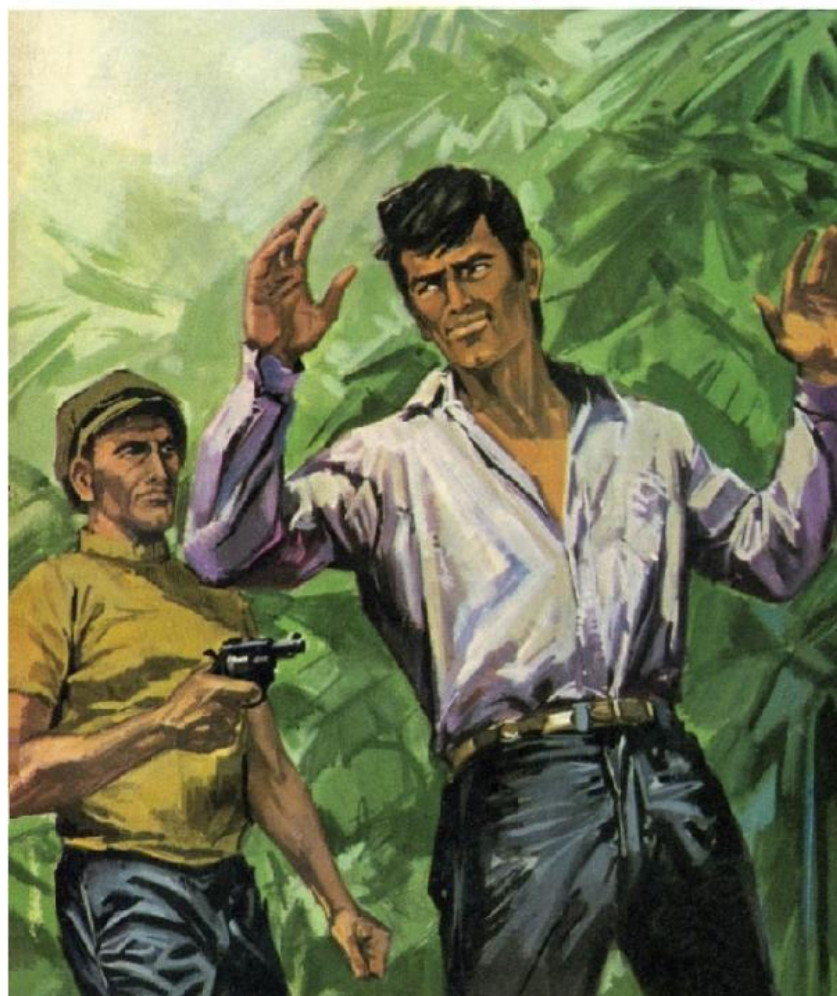
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

rapinadores del aire

peter debry





SS **SERVICIO SECRETO**



PETER DEBRY

RAPIÑADORES DEL AIRE

Colección SERVICIO SECRETO n °

1.065

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 44.016-1970
Impreso en España- Printed in Spain

1ª edición: enero, 1971

© **PETER DEBRY -1971**
sobre la parte literaria

© **MIGUEL GARCÍA-1971**
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a
favor de **EDITORIAL BRUGUERA,**
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona
(España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.**
A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032. — Un tigre, tres ingenuas.

En Colección BÚFALO:

870. — Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714. — Dúo para sogas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

452.— Plomo para Karina.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

640. — Lobos con espuelas.

CAPÍTULO PRIMERO

La bala pasó silbando agudamente, como un moscardón irritado, por encima del hombro derecho de Gavin Compton.

Instintivamente, se agachó.

La segunda bala fue como un súbito aliento quemante cercano a su cabeza. Fue a hincarse con ruido de taponazo en el respaldo del diván.

La tercera latigueó en el vacío porque Gavin Compton, abandonando su agachada postura defensiva, acababa de saltar hacia un sillón.

Lo volcó, parapetándose tras el respaldo, cuyo cuero, relleno de crin y goma espuma constituía un atrincheramiento eficaz.

Engarfió la diestra alrededor de la culata de su pistola ametralladora, encañonándola hacia el umbral de la habitación de donde habían partido los tres disparos.

En la otra sala, que era el vestíbulo de entrada al pequeño ático habitado por Gavin Compton, se hallaba Patric Market, agente de la policía especial SCR.

Gavin Compton sabía perfectamente que SCR significaba Sección de Represión Criminal.

No podía divisar a Patric Market porque éste se agazapaba tras otro sillón de idéntica textura al que servía de parapeto a Compton.

Market habló con sequedad, y en sus palabras alentaba una decisión inexorable:

—Ríndete, Gavin. Te disparé porque me recibiste a tiros, cosa que ya me imaginaba. Pero no he tirado a matar. Todavía, no. Pero

si no arrojas hacia aquí tu arma, mi próximo balazo se alojará en tu cerebro de asesino.

Gavin Compton, enjuto y aparentemente flemático, ostentaba un rostro infinitamente melancólico. Daba una repentina impresión de ser un individuo que desconocía la sonrisa y la alegría.

Su voz carecía de inflexión cuando habló lentamente, como cansado, sin variar de postura:

—Te creí amigo, Market. No obstante, tu visita esta noche ha sido la del sabueso cazador de hombres. Reconozco que tienes práctica en esta clase de visitas. Supiste abrir la puerta con la misma rapidez con que elegiste el mejor de mis sillones para dialogar conmigo.

—Este diálogo es el último, Gavin. .

—Para ti, Market.

Patric Market, cautelosamente, rozó con la sien el suelo.

Intentaba desde aquella posición sorprender algún punto visible de la anatomía de Gavin Compton.

Pero su ejercitado oído, así como sus bien entrenados reflejos, le hicieron retroceder el cuello con celeridad.

El balazo disparado por Gavin Compton rebotó contra el suelo encerrado exactamente en el mismo lugar donde fracción de segundo antes estaba la frente del agente especial.

—Lo siento, Market.

—¿Haberme fallado?

—Tener que matarte. Nunca hubiera supuesto que me fuese necesario suprimirte. Hemos bebido juntos buenos tragos, y jugado muchas partidas de póquer, en las que tú eras el más afortunado. ¿Recuerdas, Market?

Cada uno de ellos, parapetado tras un sillón, se hablaba desde una distancia de cinco metros a través del marco abierto que comunicaba las dos habitaciones.

El diálogo tenía la densidad intensa de un lúgubre juego.

Pero las dos pistolas eran las que realmente aguardaban la ocasión.

Las palabras eran sólo un sedante especial para los nervios y también una trampa para confiar al acechante adversario, procurando aprovechar un fallo en la espera cautelosa.

—Al que me hubiese dicho que tú, Gavin Compton, ibas a

convertirte en un jefe de pandilla, le hubiera roto la cara.

Y el policía rió amargamente al proseguir:

—Empecé a apreciarte, Gavin. Para los demás eras un solitario taciturno y reservado, casi un arisco antipático. Para mí eras un buen compañero de descansos. Y esta noche, esta misma noche, encontré la pista del que planeó el atraco al North Bank.

—Fue una lástima. Eran varios millones limpios de polvo y paja. Fracasó el golpe por culpa de un entrometido cajero.

—Un valiente. Un honrado trabajador al que los cerdos asesinos de tu calaña no le impusieron temor.

—Fue un loco. Un suicida.

—Lo mataste, Gavin.

—Si se hubiese quedado quieto, viviría.

—Murieron también bajo tus balazos y los de tus cómplices dos policías que acudieron y un infeliz que estaba demasiado cerca de la trayectoria del plomo. ¿Para qué, Gavin? ¿Para qué cuatro muertes así?

—Achácale la culpa a la Bolsa. Yo soy agente de Bolsa. Unas especulaciones desafortunadas y...

—¡No!

—Bien sabes que es cierto. Perdí jugando a la baja del trigo canadiense. Perdí todo mi dinero y parte del de mis clientes.

—Esto ya lo sabía. Si he negado, era porque tu motivo, tu pretexto para asesinar a mansalva, atracando un Banco, es propio de un anormal.

—¿Anormal, yo?

—Sí, Gavin. Un hombre corriente, arruinado, no piensa en atracar. Piensa en rehacerse, en volver a subir la pendiente y no bordear el abismo. Si es un cobarde, se suicida, pero nunca mata a otros. Debí adivinar que eras un anormal, Gavin, un anormal con impulsos morbosos.

La voz del policía especial tuvo ahora cierta vibración:

—Ríndete, Compton.

—Comprenderás que no tengo el menor deseo de sentarme en la silla de los calambres definitivos.

—Atiende, Gavin. Tengo un cargador de treinta y dos plomos, y otro de recambio. Menos tres plomos que te largué, echa la cuenta y sabrás la cantidad de ruido que puedo hacer.

—Mucho. Mucho ruido y pocas nueces, Patric.

—Te iré explicando lo que voy a hacer. Arrastraré el sillón hasta la puerta de salida del piso, esta puerta que se halla a mis espaldas.

Los ojos mortecinos de Compton miraron hacia la puerta citada.

El policía siguió exponiendo:

—La abriré. Dispararé plomos hacia la caja del ascensor. No tardará en acudir gente. La alarma cundir y no podrás escapar. Ríndete, Gavin. Será mejor para ambos.

—Ya conoces mi lema, Market, mi lema de hombre de negocios. No lo he abandonado. Cuando emprendo un asunto, lo sigo hasta el fin, apechugando con todas las consecuencias. Tú has sido el único hombre que me inspiró algo parecido a amistad. Pese a ello, no vacilaré en rellenarte de plomo.

Oíanse las dos respiraciones. Fatigosas, con el jadeo precursor de lo irreparable.

Eran dos hombres de fondo violento que sabían que uno de ellos iba a morir.

—Si te entregas, Gavin, podrás beneficiarte de un examen psicoanalítico y quizá te declaren demente.

—A otro perro con ese hueso, Market. Esto del psicoanálisis queda bonito en las películas, pero a mí tú no me atrapas. A mí no me coges para esposarme y que después me metan en capilla. ¿Te das cuenta? Un jueves, el día de las ejecuciones, tendría que estar esperando varias horas, sudando con fiebre helada.

—Puedes aún salvarte, Gavin. Un médico alienista...

—Qué diría que tengo el seso menos loco que el suyo. Yo no voy a un juicio donde se apretujen para devorarme con su malsana curiosidad fotógrafos, periodistas y la bestial masa. No quiero oír al pudibundo fiscal lloriqueando en nombre de la sociedad, ni escuchar al defensor alegando que estoy loco ¡porque no lo estoy, Market!

—¿Tú crees?

—¡Maté por accidente! Yo sólo quería un millón. Si abandoné mi oficina de bolsista fue porque la suerte me volvió la espalda.

Patric Market iba realizando lo que anunció.

Arrastraba el sillón hacia la puerta, alejándose del lugar donde se hallaba Gavin Compton.

Pero el mueble pesaba. Era escasa la sujeción que podía ejercer

empuñándolo con la izquierda, por debajo el asiento y en su parte posterior.

Patric Market era de carácter duro, poco sensible.

Pero había sido compañero del que le estaba acechando pistola en mano. Había experimentado hacia Gavin Compton un afecto viril, por creerle un solitario con algún desengaño o pena oculta.

Tenía tales deseos de terminar pronto con lo que estaba constituyendo para él un acto de servicio que le causaba íntima pena, que olvidó sus habituales precauciones.

Para arrastrar con más rapidez el sillón, lo agarró por uno de los brazos.

¡Floc! ¡Floc!

El silenciador ajustado a la boca de la pistola ametralladora de Gavin Compton acababa de escupir dos fogonazos.

Alcanzado en la mano y en el antebrazo, Market dejó caer el brazo herido.

Crispado el rostro en mueca dolorida, dijo, entre dientes, anhelante:

—Buen pulso, Gavin.

Colocóse la pistola bajo el sobaco izquierdo, manteniéndola apretadamente. Su diestra fue arrastrando el sillón hacia la puerta.

El abridor que recorría el cerrojo no estaba protegido por el respaldo del sillón.

A su vez, Compton hacía avanzar su sillón, empujándolo apresuradamente.

Ambos hombres comprendían que había llegado el momento decisivo.

Iban a acribillarse, porque uno no permitiría al otro que alcanzase el cerrojo y abriese la puerta.

Alzó Market el brazo herido, mordiéndose los labios.

Disparó Compton contra el brazo herido que a conciencia sacrificaba Market.

La puerta se abrió.

Gavin Compton, que se disponía a saltar, se quedó con los músculos tensos, expectante.

Su rostro, infinitamente melancólico, esbozó un rictus tenue, amargo. Su modo de sonreír.

Patric Market yacía boca abajo, sangrante la nuca.

En el umbral de la puerta recién abierta, un individuo atlético, de enérgicas facciones, examinó rápidamente al caído, mientras con el tacón cerraba la puerta.

—Creo que he llegado a tiempo, ¿no, Gavin?

Levantóse Gavin Compton, sacudiéndose las rodilleras.

Preguntó:

—¿Algo sospechoso abajo o en el ascensor?

Replicó Dude Lester:

—Todo como siempre. Por lo visto, este tipo ha venido solo. Y tu ático está bien situado. Buenas paredes termos. No hay alarma.

Compton señaló con la barbilla al policía sin sentido, mientras encendía un cigarrillo.

—Respira aún. No lo mataste en seco, Lester. No me agrada, pero tendré que interrogarle. Me interesa averiguar cómo supo que el atraco del North lo planeé y dirigí yo.

Dude Lester atestiguaba, por el corte de su ropa, que se vestía en el mejor sastre de Filadelfia.

En su aspecto físico, Dude Lester era el prototipo de hombre de acción. Joven aún, de recios maxilares y duros ojos inquisitivos.

Se ofreció:

—Puedo interrogarle yo si quieres, Gavin.

—Mejor será. Tengo entendido que eres práctico en este oficio de interrogar a remolones.

Dude Lester ató las dos muñecas del agente de la SCR con su propio cinto.

Fue al mueble licorero y extrajo un frasco de largo cuello y contenido verde.

—El coñac es un recurso de principiante. Da mucho mejor resultado y efecto el pippermint.

Alzó bestialmente, dándole vuelta al exterior, uno de los párpados del policía, que continuaba privado del sentido.

Vertió el verde líquido en la cuenca, inundando alternativamente los dos ojos.

El violento escozor de la menta reanimó casi instantáneamente al herido.

En su agonía, se encontraba en un estado de aturdimiento en que no podía dominar su cerebro.

Pero sin saber de dónde procedía, oyó una voz desconocida que

le preguntaba:

—¿Quién sabe que Gavin planeó y dirigió lo del North Bank?

Semiinconsciente, farfulló el agente de la SCR:

—Nadie. Nadie más que yo... sabe que Gavin Compton...

Gavin Compton se inclinó sobre el policía. Le aplicó la boca del silenciador en la sien.

Pulsó el gatillo cuatro veces consecutivas.

Dude Lester cabeceó admirativo.

—Cuatro balazos en la sien, silencio seguro. Ya podemos estar del todo tranquilos, Gavin.

—¿Por qué?

—Pues porque nadie sabe que fuimos los del North. Tu amigo Market no mentía. Hablaba sin darse cuenta. Y ya le hemos oído. Seguía la pista solo y nada había comunicado a la Especial de Represión.

—Te olvidas de algo, Lester.

—¿Y qué es?

—Somos socios. Te elegí porque vales y eres de mi categoría. Ambos nos hundimos en la Bolsa y nos unimos para el atraco. Pero considero que debemos liquidar ahora la sociedad.

Las duras pupilas de Dude Lester miraron con cierta inquietud al que proseguía hablando con frialdad y lentitud:

—Nosotros dos seguiremos asociados, pero los siete restantes sobran. Tarde o temprano hablarían.

—Pero... nos podrán ser útiles para preparar otro golpe.

Entre los pies de ambos, Patric Market, verdes los abiertos ojos, roja la cara y pecho, ofrecía un aspecto impresionante.

—Son bastos y de poco cerebro, Lester. Por culpa de ellos fracasó nuestro bien planeado atraco al North. Ha muerto Patric Market, pero con esto no basta.

—Liquidar a los siete no va a ser cosa tan fácil, Compton.

—Sí. He pensado que nos podemos desembarazar de ellos mediante un procedimiento infalible que luego te explicaré. Ahora he de hacer desaparecer a éste.

Ambos lavaron cuidadosamente las manchas de sangre esparcidas por el suelo. Repararon los desgarrones del cuero de los dos sillones, extirpando los plomos y aplicando el cabo encendido

de cigarrillos para fingir quemazones.

En la cocina estaba el montacargas que, desde la planta del sótano, servía para subir comidas, ropa limpia, bajar los servicios usados y la ropa sucia.

—A esta hora, abajo no habrá nadie, Lester. Vete y espera la carga.

—¿Cómo funciona?

—En el coche te llevas a Market y lo echas al sumidero de la unión de cloacas que van al río. Si te ven salir del sótano con el fardo, les parecerá que llevas trajes planchados. Anda. Yo iré hasta la esquina de la Catorce con la Lexington. Recógeme allí. Iremos a liquidar a los siete.

Poco después, en el sumidero de unión de las cloacas, el cuerpo de Patric Market era apresado por los remolinos fangosos y malolientes.

CAPÍTULO II

El Independence Hall, primer teatro de Filadelfia por antigüedad y calidad, que oficiaba a modo de Ópera, daba su función inaugural.

Un programa selecto en el cual el famoso Kubetski dirigía la orquesta. En el teatro solamente había setecientas doce butacas de platea y treinta palcos.

No había taquillas ni «paraíso». Eran funciones de abono, para que el cronista social pudiera relatar al día siguiente que «lo mejor» de la ciudad se había congregado para deleitarse con selecta música.

Y para aquella noche de solemne inauguración nadie hubiera supuesto que, en vez de un cronista social, hubiese sido preferible enviar un reportero experto en describir combates de boxeo y lucha libre.

Iba a ser «la noche negra», la noche de todos los amantes de la música escuchada en grupo de privilegiados económicos, recordarían como «la noche del escándalo de Dalila Kemper».

Dalila era un nombre impuesto por capricho del magnate Kemper, el rey de la antracita.

Presintió, al ver en la cuna a su primera y única hija, que no habría Sansón capaz de hurtar su cabellera ante los nacientes encantos de Dalila Kemper.

Aquella noche, a sus veintiún años, Dalila Kemper lucía en todo su esplendor.

Alta, erguido busto, arrogante, poseía una tez que ya repetidamente la habían calificado comparativamente con los pétalos de magnolia.

Una nariz que, según los escultores, era griega, y unos ojos raros, de un verde mar, algo rasgados y ascendentes sus comisuras exteriores hacia las sienes.

Unos ojos extraordinarios cuya claridad felina resaltaba aún más en contraste con los negríssimos cabellos.

Acompañada de su sexto y sucesivo pretendiente oficial, Archibald Martyn, hijo del rey de la fibra artificial, Dalila Kemper estaba muy lejos de suponerse el escándalo que se avecinaba por culpa de una rubia llamativa y un desconocido.

La sala rutilaba, los anteojos recorrían joyas, vestidos y rostros, para poder comentar después que las joyas ya estaban vistas el año pasado, que los vestidos no acababan de tener «aquel no sé qué» y que los rostros envejecían.

Todo era idéntico a tantas otras noches similares.

Dalila Kemper no ignoraba que los chismorreos batían su pleno y que, al mirar su palco, se comentaría que era una criatura imposible, consentida, que había ya desesperado a cinco anteriores buenos muchachos, ricos y bien parecidos, de la mejor «flor y nata» social.

Kubetski salió, agitando su leonina cabellera blanca. Miró con impavidez de genio a los espectadores, recogió los aplausos como un tributo obligado a su gran clase, y volviéndose de espaldas, hizo vibrar su batuta.

Los primeros compases, melodiosos, en sordina, le hicieron pensar sin saber por qué a Dalila Kemper que todas sus amigas le envidiaban el haber enamorado al guapo Archie Martyn.

Llegó el entreacto. Intervalo muy anhelado.

Dalila Kemper expuso que le gustaría llegarse al *foyer* porque tenía deseos de ver si ya habían cambiado la horrorosa decoración rococó.

Pero cuando la pareja llegó al *foyer*, seguían brillando los espejos de marco dorado, los candelabros de cristal y el rojo vivo de sillones y canapés.

Las poncheras eran las mismas, panzudas, y seguramente el ponche seguiría teniendo sabor a rancio.

Y fue en el instante en que Archibald Martyn le tendía la cazoleta plateada cuando entraron los dos personajes que iban a alterar el destino de Dalila Kemper.

Vio por vez primera al desconocido.

Acompañaba a una mujer rubia, un poco ajamonada, vestida de color cereza.

El desconocido y Dalila se miraron al quedar la rubia de espaldas a Archibald Martyn. El desconocido podría tener unos treinta y cinco años.

No era un hombre guapo, al estilo académico. Poseía unos ojos oscuros, sombríos, una boca ancha y firmemente moldeada. Alto y delgado, su rostro estaba tostado por el sol.

Y durante lo que le pareció a Dalila el instante más largo de su vida, las dos miradas se ahondaron la una en la otra, como imantadas.

Le costó a ella soslayar sus verdes ojos.

Cerca de ella, saboreando su ponche, Archibald Martyn examinaba la sala, contento de vivir.

Pero de pronto le vio Dalila adquirir una expresión de disgusto, de reprobación y de infinita sorpresa.

Creyó Dalila que tal vez el desconocido la estaba aún contemplando con aquella penetrante y ávida mirada, extraña, como si la valorase. Casi desdeñándola a la par que rindiéndole admiración.

Preguntó Dalila, en voz baja:

—¿Qué te ocurre, Archie?

En susurros, replicó él:

—No mires a mis espaldas, Dal. Detrás mío, vestida de rabioso rojo, está la famosa Nany Prikles, la dueña del cabaret de su nombre. Una escandalosa de marca mayor.

El tono masculino traicionaba la indignación, al añadir:

—¡Qué desfachatez venir aquí a exhibirse! ¿Cómo habrán permitido que entrase?

Nany Prikles no había ahorrado maquillaje. Sus hermosos ojos descarados se agrandaban con las pestañas postizas y las falsas ojeras azules. Su sonrisa era tan insolente como su escote.

Junto a Dalila Kemper semejava un broche vulgar de quincalla contrastando con una joya refinada de orfebrería.

Nany Prikles se había vuelto, sosteniendo en la diestra su taza de ponche. Por alguna razón muy femenina, intuitiva, Nany Prikles sonreía mirando fijamente a Dalila Kemper.

Y para ésta fue como un ultraje. Aquella mujer sonriéndole podía dejar suponer que existía entre ambas alguna clase de amistad.

También influía el que fuera precisamente aquella mujer la que acompañase al desconocido que tan profunda impresión había causado en ella.

Dalila supo condenar en su gesto, en su mirada, al fijar sus verdes ojos en Nany Prikles, un inmenso desdén.

Nany avanzó un paso más. Y, como si diera un traspié, vertió sobre el blanco vestido de Dalila el contenido viscoso de la tacita.

—¡Oh, mil perdones, caramba! —exclamó Nany, insolentemente.

Dalila no tuvo tiempo de darse cuenta de si lo que la sacó de sus casillas fue la burla del tono o la natural insolencia de Nany.

Apenas el ponche cayó sobre su vestido, alzó la mano y aplicó un recio bofetón sobre la mejilla cercana.

Por unos segundos, Nany Prikles se quedó como clavada de estupor.

Después, con un clamor de rabia, se abalanzó sobre Dalila.

Archibald Martyn asió por un brazo a su prometida, mientras el desconocido atrajo por los hombros, conteniéndola, a Nany.

El la miraba sonriente, como excusándose. Era la única persona en la sala que sonreía, pensó Dalila, temblorosa de indignación.

Sentía que odiaba a aquel desconocido, que estaba murmurando:

—Vamos, vamos, Nany. Calma, calma.

Pero la gesticulante Prikles había hecho ya intervenir otros dos personajes. El gerente y uno de los accionistas del teatro, que, ayudados por algún espectador que conocía a la famosa Nany, la estaban sacando de la sala.

Y Dalila Kemper, sonrojada la lechosa tez, mientras Archibald Martyn estaba torpemente secándole el vestido, exclamó, con voz vibrante:

—¡Expulsen a este individuo!

Su índice señalaba al desconocido, quien miró primero a sus espaldas, y después, tocándose la pechera, replicó:

—Este individuo se llama Clifford Market y está ansioso por averiguar el motivo de su indignación, señorita.

Enderezándose, dijo, agresivo, Martyn:

—¿Es que no lo oyó? Váyase... Usted tiene la culpa, por traer

aquí a mujeres impropias que...

Clifford Market le atajó, empleando voluntariamente el mismo tono que usó con la histérica Nany:

—Vamos, vamos, calma, calma. No hable mal de damas ausentes.

Archibald Martyn, campeón de tenis y natación, se abalanzó, resultando tardío el movimiento de varios para contenerle.

Asestó dos soberbios directos cruzados hacia el mentón y el estómago de Clifford Market.

A su vez, Market atajó los dos golpes con dos rápidos ganchos de abajo arriba sobre la cara interna de los antebrazos que pretendían aplicarle dos directos contundentes.

El gerente, escandalizado, clamó:

—¡Señores, por favor, señores!

Excitada, chilló Dalila:

—¡Expulsen a este individuo!

El gerente y un espontáneo intentaron asir por los hombros a Clifford Market.

Y como a la vez Martyn volvía a esgrimir los puños, en un instante hubo un confuso resollar de los dos apaciguadores, cogidos entre los dos contendientes.

El gerente salió proyectado por el suelo, mientras el otro que intervino recibía el puñetazo que Martyn dedicaba al estómago de Market.

Acudieron otros espontáneos. Lívidos ante tamaña violación de las reglas distinguidas y tradicionales, que en aquellos momentos convertía el *foyer* del teatro más selecto en algo parecido a una taberna.

Dalila Kemper experimentaba un impulso primitivo. Deseaba ver tundido a golpes al llamado Clifford Market.

La gente acudía a los umbrales, comentando, preguntando.

Cinco hombres forcejeaban. Martyn había logrado atenazar por el cuello a Market, el cual, a su vez, le propinaba cortos *uppercuts* al estómago.

Febrilmente, Dalila buscó algo contundente con que golpear a Market.

Los tres que pretendían separar a los dos adversarios eran zarandeados en su propio esfuerzo.

Por fin, sin saber cómo, medio aturdido, se encontró Martyn en otra sala, teniendo a su lado a Dalila.

Mientras, Clifford Market recobraba la serenidad, se dejaba acompañar hacia la salida, manifestando:

—Me hizo perder el control esta orgullosa morena. Pretendía expulsarme como si fuera yo un negro esclavo del siglo pasado.

En guardarropía, Nany Prikles mostraba un semblante desconsolado. El furioso llanto de rabieta había causado estragos en su maquillaje.

—Te echan por mi culpa, Cliff.

—No me echan, sino que te acompaño fuera. Vamos, Nany.

—¡Maldita orgullosa! ¡Si la...!

Atajó él secamente:

—Calla, Nany. Ya está bien por hoy. Buenas noches, señores. No necesito que me indiquen la salida. La conozco.

En la rotonda que daba acceso a la acera, bajando los peldaños, se cogió ella de su brazo.

—Perdóname, Cliff, pero al verla a ella mirándome de arriba abajo, a mí, que no estaba haciendo nada, se me revolvió la sangre.

—Me habías prometido ser una chica tranquila, Nany. Un poco más y convertimos el teatro en un campo de batalla.

Llamó a un taxi, dejándola a ella en el interior.

—¿No vienes, Clif?

—No. Ya nos veremos, Nany. Adiós.

Se alejó, caminando, seguido por la contrita mirada de Nany Prikles.

El gerente del teatro montaba guardia en la entrada, por si regresaba la rubia que provocó el incidente.

Dalila Kemper reapareció en su palco. Sabía ya que los comentarios serían a cuál más venenoso. Pretenderían, quizá, sus conocidas que se había peleado con una cualquiera por un hombre.

Por un desconocido llamado Clifford Market.

Murmuró Martyn:

—Si quieres, nos vamos, Dal.

—¿Y por qué hemos de irnos?

Aguantó ella hasta el final.

En su casa despertó a su padre, que, soñoliento, escuchó el relato de lo ocurrido.

Ronald Kemper se acabó de despertar.

Calándose las gafas, decretó:

—Horrible y de mal gusto, Dal. Abofetear a una despreciable corista te ofende más a ti que a ella. Y tú, Archie, ¿cómo no impediste que mi hija se pusiera en ridículo?

—Hice lo que pude, señor. Pero fue muy rápido el bofetón. Ya era tarde. Después, aquel tipo se puso insolente.

—Vayamos por partes. Tú no eras quién, Dal, para expulsar a nadie. Y tú, muchacho, menos aún para portarte como un camorrista. Dal, te va a convenir una breve ausencia. Pasado mañana he de coger el avión para Río de Janeiro. Vendrás conmigo. Estaremos de regreso dentro de quince días. Sin rechistar. ¡He dicho a Río de Janeiro! Reservaré dos plazas en la Longway.

CAPÍTULO III

El camión procedente de Filadelfia rodaba a una buena marcha. En los costados figuraban las grandes pancartas de una conocida casa conservera, especializada en propagar un salmón que era en realidad atún bien seleccionado.

Un cabo de la lona se había desprendido y azotaba el guardabarros con un irritante restallido de látigo.

La llovizna repicaba tenuemente encima de la gran lona que habitualmente cubría la carga de pescado cuando procedía del puerto, y de latas de conserva cuando venía de la factoría.

Pero ahora encubría a seis hombres.

Sentados cómodamente y que se caracterizaban por un ceñudo silencio.

Instalado junto al que conducía, un individuo de grasientos rasgos faciales se desabrochó dos botones del abrigo e hizo la misma operación con su chaqueta.

Su diestra ladeó ligeramente la culata de la «Webley-Smith» que sobresalía de una funda sobaquera.

Cerciorado de que estaba ahora al alcance de su mano, acechó de reojo al que conducía y dijo lacónicamente:

—Ya está bien.

—Tú mismo indicaste que diésemos este rodeo.

—He dicho que ya está bien. No me tutees, ¿me oyes?

El conductor se llevó una mano a la visera de su gorra.

—Como usted mande. ¿Dónde viro?

—Al cruce. Enfila la carretera de Jersey.

—Es la que lleva a mi factoría.

—No te he preguntado dónde lleva. Hablas tú mucho y esto no me gusta, si es que quieres saberlo. Calla y te irá mejor.

El conductor repitió maquinalmente su gesto de saludo. Era el que empleaba cuando le dirigía la palabra algún «gordo», como, por ejemplo, el capataz de la factoría conservera donde prestaba sus servicios de camionero.

Imprimió al volante un giro, penetrando en la carretera que finalizaba generalmente para él en el sendero que llevaba a la factoría donde trabajaba.

Le vinieron al recuerdo las recomendaciones de su esposa cuando salió por la mañana.

Recomendaciones que, aunque variando en la forma,; contenían siempre un fondo idéntico.

«Me ha dicho Mary que hiciste una apuesta con Sam. No debes sacarle al cuentamillas más de sesenta, que ya es un buen récord de promedio, Johnny. Aún es pronto para que yo desee quedarme viuda.»

Ahora, Johnny prefirió no evocar los azules y bondadosos ojos de su esposa.

Volvió a pensar en lo que recientemente le había ocurrido. Con los maxilares resaltando en su rostro, odió; de todo corazón las películas que tanto le gustaban antes.

Aquellas películas donde los *gangsters* eran sujetos generosos y dotados de buen humor.

Comprendía ahora que también Hollywood era una fábrica de conservas. Sólo que las latas no contenían atún, sino ilusión y mentiras.

Porque los siete *gangsters* que, pistola en mano, habían rodeado su camión mientras él estaba reparando una cubierta que acababa de pincharse, y su ayudante estaba lejos en busca de una cantina para reponerse de líquido personal, nada tenían de semejante con los *gangsters* simpáticos popularizados por los filmes.

No le habían pagado. Eso, no. Tan sólo uno de ellos, el obeso y repugnante sujeto que ahora estaba a su lado, se limitó a colocarle en el costado una pistola.

—Sube al volante y darás un rodeo por la carretera cuarenta.

—Pero yo debo esperar a mi...

Su inicio de temerosa protesta había quedado cortado por el

revés que el blanducho manotazo le tapó la boca, sin herirle.

Al recordarlo, escupió Johnny por la ventanilla, asqueado.

Hubiese preferido un puñetazo viril.

¿Para qué necesitarían aquellos maleantes «su» camión, del que estaba tan orgulloso?

La llovizna era abanicada en el parabrisas por las varillas de acero y goma.

Sin poderlo remediar, pensó Johnny en el berreante chillido que, metido en su cuna, le acogía todas las noches con vigorosos pataleos, más expresivos que si supiera pronunciar la anhelada palabra por la que todos los hombres se sienten mejores.

Súbitamente creyó que la niebla invadía los contornos del sendero por el que se había introducido, atendiendo a la señal del que estaba a su lado.

Pero era una niebla mortal la que invadía su cerebro, en cuya base, una culata, con frío salvajismo, machacó vértebras en doble golpe alevoso y certero.

Su agresor, el sujeto de rostro rechoncho, empujó con el codo al agonizante. Asiendo el volante, apartó de un puntapié el zapato que manteníase rígidamente contra el acelerador.

Uno de los que estaban sentados en la cabina de carga se levantó y, agachado a medias, abrió la portezuela junto al chófer.

A modo de rezo fúnebre, dijo:

—Ya cumpliste con tu obligación.

Y empujando el cadáver, lo hizo rebotar contra el mojado asfalto, mientras el camión continuaba su marcha.

El que conducía comentó:

—Resultaba ya un estorbo. Y el jefe, que planea bien las cosas, me dijo que me cargase al chófer y a su ayudante apenas se divisasen los almacenes de la factoría. El ayudante se salvó.

Frenó minutos después, deteniendo el camión junto a una empalizada. Los que se sentaban atrás no se apearon.

Sus cabezas formaron un racimo apiñado y cercano al que, sentado tras el volante, extrajo del bolsillo de su chaleco un mondadientes.

Habló con deleite:

—Esta noche, en la caja de la factoría hay un fortunón. El jefe y Dude Lester nos aguardan, cada uno a un extremo de la empalizada.

Hay cuatro polizontes rondando la caja, y dos vigilantes nocturnos. Tú, Liorno, con Roscoe, Burns y Jackie, seguiréis por la empalizada hacia el Sur. Os encontraréis con Dude Lester.

Cuatro siluetas se apearon, desapareciendo por el adoquinado de la desierta calzada, escasamente iluminada de trecho en trecho.

El que llevaba la voz cantante les contempló hasta que desaparecieron en la niebla.

Hurgóse unos instantes los amarillentos dientes. Después, mordiendo el astillado palillo, explicó:

—Vosotros dos vendréis conmigo, en dirección opuesta a los demás. Al otro extremo de la empalizada nos aguarda el jefe.

Dude Lester, alzadas las solapas de su canadiense, para resguardarse de la humedad circundante, reía silenciosamente.

Pensaba en la sorpresa que aguardaba a los cuatro pistoleros, que, confiadamente, avanzaban hacia el lugar donde él se hallaba.

Reía complacido, porque experimentaba una extraña sensación placentera al sentir próximo el momento en que iba a matar.

Levantó lentamente el cañón de su metralleta, murmurando, desdeñoso:

—Imbéciles...

Se refería al blanco que ofrecían sus cuatro ex cómplices, en esta ocasión sus víctimas, que avanzaban de frente, uno al lado del otro, y no en fila.

El tambor silenciador se incendió en rojizos resplandores, mientras Dude Lester, brillantes los ojos, apretaba el gatillo, imprimiendo a su metralleta un semiarco horizontal.

Como peles partidos por la cintura, los cuatro pistoleros se doblaron en repentina reverencia.

Repitió Lester la ráfaga, pero en sentido contrario.

Algunos de los nuevos balazos, en vez de incrustarse en estómagos y bustos, perforaron cráneos.

Los cuatro pistoleros quedaron retorcidos sobre el adoquinado, en grotescas posturas.

Se aproximó Dude Lester.

Obedeciendo instrucciones de Gavin Compton, aplicó el cañón de su arma por cuatro veces consecutivas en una sien distinta.

Luego, aureolado por el humo que ascendía de su metralleta mezclándose a la niebla, se alejó.

De pronto oyó el ronco crepitar silbante de la pistola ametralladora de Gavin Compton, que estaba liquidando al resto de la «asociación» del atraco al North Bank.

Cuando Lester subió junto al volante del coche detenido en el cruce del sendero con la carretera secundaria a Filadelfia, Gavin Compton estaba esperándole, y apenas cerró la portezuela, pisó el acelerador.

Dude Lester levantó la cubierta de la caja de herramientas bajo sus pies. Colocó en el interior su metralleta.

Anunció:

—Hecho. Ni se dieron cuenta.

Replicó Compton:

—Tampoco los otros tres. Mañana, amaneciendo, encontrarán siete «fiambres» en la empalizada, un chófer muerto en el sendero y un camión abandonado. Otro crimen más que la policía declarará «contra autor o autores desconocidos».

Pesaroso, comentó Dude Lester:

—Lástima que fuese mentira lo que les contaste de la caja llena de billetes en la factoría...

Gavin Compton guardó silencio hasta que, en la ciudad, detuvo el coche cerca de un cruce de dos calles.

Se apeó Dude Lester.

—Hasta mañana, Gavin. Ya estamos tranquilos. Somos dos socios solos y de toda confianza mutua.

—Ven a las once. Hablaremos sobre un nuevo proyecto.

El coche partió.

Minutos después, Gavin Compton subía al ático donde habitaba.

Al entrar en el aposento en el que tres horas antes había recibido la visita de Patric Market, se quedó rígido.

Su diestra se crispó en el bolsillo de su *macearían*. Había alguien en el diván. Alguien oculto.

Sus músculos se distendieron. Su rostro quedó de nuevo infinitamente triste y sombrío, sin brillo en los ojos.

La persona que estaba sentada en el diván era una mujer rubia y bonita.

Una mujer que amaba sin esperanzas al «agente de bolsa» Gavin Compton, el hombre del rostro cínico y desilusionado de todo.

Una mujer que desconocía por completo que Compton había

sido el jefe de una pandilla de pistoleros y el autor moral y material de recientes muertes.

Con aparente jovialidad, saludó ella:

—Hola, Gavin.

—Hola, Gail. ¿Cómo has entrado?

—Hace un mes me diste una llave.

—La empleaste cuatro veces. Cuando me harté de ti, a la quinta vez que me visitaste, te la pedí.

Ella no pareció ofendida.

—Siempre tan huraño, Gavin. Te devolví la llave. Pero después, antes de salir, volví a cogerla sin que te dieras cuenta.

—De lo que me doy cuenta, y no es ningún descubrimiento, es que careces por completo de dignidad.

—Una mujer que ama no tiene dignidad.

—Ah, pero, ¿es que tú sabes amar?

—Quizá por esto he venido, Gavin. Necesito hablarte.

Compton se estaba sirviendo brandy.

Le volvía a ella la espalda, pero la miraba por el espejo.

Con el pulgar señaló la puerta por encima del hombro.

—Vete.

—Lo que vengo a decirte te interesará, Gavin.

—Lo que me interesa es que te largues, Gail.

—Sé que últimamente tus negocios han ido mal. Lo sé porque me preocupé por saber de ti, Gavin.

—En esto sí que no estamos a la par.

—Ahora tengo para ti una ocasión sin igual. Algo en que puedes ganar más de un millón.

Gavin Compton bebió, depositó sobre la repisa la copa vacía, y siempre mirándola por el espejo, repitió el gesto del pulgar.

—Vete. Tú y yo hemos terminado.

—Una de las cuatro primeras veces que estuve aquí, Gavin, me dijiste que si alguna vez te encontrases desprovisto de dinero, quizá no titubearías en arriesgarlo todo.

Compton encendió un cigarrillo, fingiendo indiferencia.

Se volvió, acodándose en la repisa.

—Escucha, Gail. Tú no eres más que una niña, una chica bien sin un centavo. No tienes más que nombre y figura. ¿Qué puedes ofrecerme?

—¿Has oído hablar de Ronald Kemper?

—Sí. Kemper, el de la antracita.

—Pasado mañana emprende viaje a Río de Janeiro. Yo le conozco muy bien. Podríamos tú y yo viajar en el avión que tomara él, y que me he enterado es uno de la Longway.

—¿Para qué?

—Va a Río de Janeiro a comprar unas minas. Si no lleva encima el dinero, cosa muy posible, allí lo sacará de un Banco.

—¿Y qué?

—Escucha, Gavin... No te enfades conmigo. Comprendo que es algo inmoral, pero un millón de más o de menos no será nada para Ronald Kemper. Y tú y yo en Río de Janeiro tenemos la ocasión de empezar una nueva vida.

—Depende cómo. Anda, prosigue exponiendo tu idea.

Ella siguió exponiendo su plan.

Lo que decía sonaba a oídos de Gavin Compton como algo providencial, como una magnífica ofrenda que el azar le brindaba generoso a través de los rojos labios de una mujer que le amaba desesperadamente.

Cuando ella terminó de hablar, él estaba sentado a su lado.

Inclinándose, la besó.

—De acuerdo, Gail. Cuando quede hecho el negocio, me caso contigo. Pero vendrá con nosotros Dude Lester.

—¿Ese engreído bestia?

—Es mi socio. Y ahora... ahora ya somos tres socios.

CAPÍTULO IV

Clifford Market ocupaba un pequeño apartamento con su hermano Patric. Pasaban a veces semanas enteras sin que se vieran. Entre ambos existía un gran afecto. Matizado de respeto por parte de Clifford, que consideraba a Patric, su hermano mayor en siete años, como a un padre amistoso y buen consejero.

El cargo que desempeñaba Clifford Market se debía a su hermano, uno de los primeros agentes del Departamento Especial de Policía dedicado a investigaciones completamente independientes de las normales y burocráticas.

La Sección de Represión del Crimen formó una nueva institución anexa bajo las siglas SCE, dedicada al contraespionaje y a las investigaciones en el extranjero, sin depender de Asuntos Exteriores.

Patric Market convenció a su hermano para que se inscribiese en los cursillos de capacitación.

Por entonces, a sus veintitrés años, Clifford Market ganaba un buen sueldo, ya que, preparado en una escuela comercial, dominaba los idiomas español, francés e italiano.

Los tres idiomas aptos para, en cualquier rincón de toda América, en sus dos continentes, istmo e islas, poder caracterizarse como uno más de los muchos emigrantes.

En sus primeras misiones, recibió Clifford expertos consejos de su hermano y llegó pronto a ocupar una posición relevante en la SCE.

Muchas veces habían despertado a Clifford Market en plena noche. Tenía ya el hábito maquinal y adquirido, apenas sonaba el

teléfono de sobre la mesita de noche, de extender la diestra, aún soñoliento, y efectuar dos gestos.

El primero era levantar de la horquilla el aparato. Y el segundo y simultáneo, sentarse en la cama, sacudiendo la cabeza para despejarse por completo.

Aquella madrugada del trece de octubre, el teléfono sonó hacia las cinco.

Las cinco y siete minutos exactamente en el reloj cronómetro que, junto al teléfono, presentaba su esfera luminosa.

Un reloj apreciadísimo por Clifford. Regalo de su hermano Patric.

Era en una sola pieza, ingeniosa y cara, obra de un artífice suizo, despertador, calendógrafo, cronómetro, sumergible y a prueba de martillazos.

Aplicándose el auricular, escuchó. Era su costumbre. Esperar, escuchando en silencio.

La voz comunicante indagó:

—¿Tiene la absoluta certeza de que nos conocemos?

Era la contraseña, a la cual replicó el agente de la SCE:

—Hace exactamente seis años y cuatro meses.

El sesenta y cuatro era el número del subinspector Clifford Market.

Tras una breve pausa, añadió:

—Cliff al habla.

—Lo lamento mucho, Cliff, pero prepare el ánimo para una mala noticia. Acuda inmediatamente al despacho tercero.

Colgaron.

El despacho tercero no era del agrado de los agentes de la SCE.

Lo capitaneaba Ernest Forster, uno de los fundadores del departamento, hombre duro y al parecer carente de sentimientos. Una verdadera máquina que había enviado a varios agentes, después de destituirlos, a presidio por negligencia.

A las cinco y treinta y dos, Clifford Market entraba en el último despacho de los cuatro que formaban el designado «tercero».

Ernest Forster, grueso, macizo, calvo, de cejas muy pobladas, poseía unas pupilas grises, aceradas.

Señaló un sillón ante su mesa.

—Buenos días, Market.

Por el ventanal sólo se divisaba negrura nocturna. Pero el día empezaba para Forster a las cuatro y media de la madrugada.

Decíase que dormía corriendo...

Ernest Forster miró sobre su mesa varios folios mecanografiados.

Extrajo de la boquilla el bolígrafo colocado ante su carpeta.

Le gustaba hacerlo todo con parsimonia, aunque tuviese que comunicar una sentencia de perpetua a un agente vendedor de secretos.

—Iremos por partes, Market. A las cero y cuatro minutos en el salón-bar del Independence Hall, el agente setenta y tres presenció hechos que voy a resumir. Usted iba acompañado de una dama..., de algún modo hemos de llamarla..., la cual provocó a una joven de alto rango social, quien tuvo que abofetearla. Expulsada la dama, usted se enzarzó a puñetazos con un joven...

Ojeó el informe, añadiendo:

—Archibald Martyn, prometido de la señorita Dalila Kemper. Tuvo que intervenir la gerencia. Un escándalo lamentable. Explíquese, Market.

—Ella, la dama que me acompañaba, era Nany Prikles.

—¿Y bien?

—Recordará, señor, que gracias a Nancy Prikles fue detenida la banda de secuestradores que frecuentaba su club. Nany Prikles es, como si dijéramos, una colaboradora de la SCE.

—¿Y bien?

—Pese a su fama de escandalosa, Nany Prikles es una buena chica. Si escandaliza, no es por inmoral, sino como reclamo para su negocio, muy honradamente, ya que...

—No defiende usted la menor o mayor honestidad de Nany Prikles, sino su actitud.

—Nany Prikles tenía un capricho hace ya años. Quería ver por dentro el Independence Hall en función de gala. Tuve que prometérselo para hacerla colaborar con más interés en la detención de la banda de secuestradores.

—¿Para nada más?

—Entre ella y yo no hay nada, ninguna otra relación, señor. Es, simplemente, una amistad. Y dándose la casualidad de que un amigo mío, de viaje a Europa con su esposa, me cedió las dos butacas, es la razón por la que invité a Nany Prikles.

—Explicada la presencia de ella, ¿podrá tan satisfactoriamente alegar razones que le justifiquen haber atacado a puñetazo limpio a un honroso ciudadano?

—Dalila Kemper, creyéndose en los años de la esclavitud, me confundió con uno de sus lacayos, señor, al pretender que me expulsasen. Su novio, excitado, me dirigió dos puñetazos bastante peligrosos, que tuve que parar. Así empezó la cosa, señor.

—Deplorable, Market, deplorable. Por suerte, usted pertenece a la plantilla ultrasecreta y «paralela». Así nadie sabe que fue un agente de mi organización el que esta noche profanó la aristocrática distinción del teatro más selecto de Filadelfia, peleando como un camionero ebrio. Espero no se repetirá tan lamentable exhibición, Market.

—No, señor. No se repetirá.

Ojeó ahora Forster el segundo folio.

Juntando las yemas de sus dedos, miró fijamente a Market.

—Para el hermano, una mala noticia. Para el ciudadano y patriota, un informe que ha de enorgullecerle. El agente Patric Market ha muerto en el cumplimiento de su deber.

Clifford Market crispó los dos puños, y mordiéndose los labios, resolló hondamente.

Después, sintió un frío helado recorrerle la espalda. Miró en torno, como tratando de acogerse al consuelo de que estaba soñando, de que lo que acababa de oír era una voz en una pesadilla.

Ernest Forster juzgó que había concedido tiempo sobrado a lo sentimental.

Prosiguió:

—El cadáver del agente Market apareció preso en la reja de un vertedero. Lo descubrió el pocero de guardia. El cadáver del agente Market presentaba varias heridas que, detalladamente, son como sigue...

Leyó Forster pausadamente:

—«Bala con orificio de entrada y salida en la mano izquierda. Otra bala de idéntico calibre alojada en el antebrazo del mismo costado. Fractura de dos vértebras cervicales. Tres heridas que no le produjeron la muerte. Cuatro balazos a quemarropa en la sien derecha. Al ser extraído el cadáver de las aguas, aprisionado en...»

Atajó secamente Market:

—¡Basta ya, Forster! Lo asesinaron y me incumbe hallar a quien o quienes le mataron. Pero no siga con esta horrible descripción. ¡Se trata de mi hermano!

Sinceramente asombrado, el jefe del tercer despacho miró con reproche al que consideraba un buen subinspector, pero que ahora se excedía al no controlar sus sentimientos, demostrando ser un impulsivo.

—Estoy informándole, Market, de la muerte de un buen agente y colega nuestro. Prosigo... «En el laboratorio fueron hallados indicios de un líquido corrosivo que había quemado las córneas de las dos órbitas oculares...»

—¡Cristo! ¡Cállese ya, Forster! ¿Cómo puede ser tan inhumano?

Torció Forster la boca, apenado.

Sinceramente apenado de que le tachasen de inhumano, cuando él estaba cumpliendo con su deber de informar detalladamente.

Clifford Market, que le miraba congestionado, a punto de golpear, medio incorporado, dejóse caer de nuevo en su sillón.

—Excúseme, señor. Son los nervios. Discúlpeme.

—Me hago cargo, muchacho, me hago cargo. Prosigo. «Analizado el líquido, pudo comprobarse que era alcohol metílico vulgarmente mezclado con la anilina colorante que se expende en el mercado bajo el nombre de *peppermint*. Deduciéndose que, antes de morir, Patric Market fue torturado en interrogatorio».

—¿Por quién?

—De momento, carecemos en absoluto de toda pista.

Han encaminado las pesquisas de dos inspectores del FBI acerca de los dos casos en que Patric Market estaba trabajando. Uno, referente a Jim Molders, y el otro, a Tulio Grazzia. Pero los dos, así como sus amigos, tienen coartadas perfectas. Existe, no obstante, un caso de posible estudio, tal vez indicios de una pista.

Ojeó Forster el tercer folio.

—A las dos de la madrugada, aproximadamente, un camión pesquero que iba a llevar sus productos a la factoría Hammers, encontró otro camión abandonado, camión cuya desaparición ya había denunciado el ayudante camionero. El chófer estaba muerto y en las empalizadas había siete cadáveres. Maleantes conocidos. Vea los nombres.

Con la mano denegó Market, pero tuvo que oír la lectura de los

siete nombres.

Prosiguió Forster:

—«Tres de los cadáveres presentaban en la sien orificios a quemarropa, igual que los otros cuatro, pero los tres que cito presentaban una peculiaridad. Las balas extraídas eran idénticas a las cuatro alojadas en la sien derecha del agente Patric Market». Mire esta fotocopia del laboratorio.

Market tuvo que mirar.

—Vea este trazo sinuoso. Corresponde al microscopio, a un rayado imperceptible, un rayado del cañón de la pistola ametralladora empleada. Se deduce que es el mismo hombre o mujer quien mató al agente Market y a los tres maleantes, salvo que prestase su pistola. Lo difícil estriba en que, por ahora, no se ven razones plausibles que relacionen estas muertes, unidas por el común denominador de que fueron ocasionadas por una pistola idéntica, defectuosa en su cañón estriado.

—Bien, señor, no dudo entonces en que me ha llamado para encomendarme me haga cargo de las investigaciones.

Ernest Forster tuvo un sobresalto de estupor.

Especificó severamente:

—Le recuerdo el artículo quince del reglamento, subinspector Market.

—Su burocracia es odiosa, Forster. Para usted, Patric Market es el cadáver de un agente. Para mí, es el de mi hermano.

—Le ruego no sea injusto, muchacho. Me appena lo sucedido, como me duele cada muerte de uno de nuestros compañeros. Justo es que mi pena sea infinitesimal comparada con la suya, subinspector Market. Pero el artículo quince expone claramente que, para el mejor desenvolvimiento de una investigación, nunca deberá encomendarse a un familiar.

—Toda regla debe tener excepciones.

—Esta, no. El natural deseo de venganza conturba el cerebro. Nos vemos obligados a ser fríos, matemáticos, burocráticos si usted quiere, por una sencilla razón. Descartando al familiar, que llevado de su afán puede comprometer a otros compañeros, evitamos errores y otras vidas puestas en peligro.

—Es comprensible, señor, pero no hay fuerza alguna que me obligue a permanecer con los brazos cruzados. ¿Puedo ver a mi

hermano?

—Supuse que manifestaría este deseo, y obtuve un permiso especial para que Patric Market fuese trasladado a nuestro departamento de autopsias. Le acompañaré, muchacho.

El ascensor descendió hasta los sótanos.

Un médico con la ayuda de dos enfermeras empujaba el ambulatorio donde un agente se quejaba sordamente, recién operado de graves traumatismos.

Explicó Forster:

—Le atropellaron en forma canallesca. Le acechaban en una esquina y cuando...

—¿En qué sala, señor?

—Esta.

Tras las puertas de cristal había varias mesas vacías.

En una, bajo un blanco lienzo, se dibujaba un cuerpo humano.

Clifford Market alzó el lienzo. Sus rodillas cedieron.

Quedó de bruces sobre el pecho desnudo de su hermano, sollozando.

Ernest Forster inclinó la cabeza y movió los labios.

Rezaba, a su modo:

—Gracias te doy, Señor, por permitirme ser en la tierra un instrumento de la ley humana y que trata de ser justa. Confiando en tu Justicia infalible, tengo fe en el castigo de la maldad. Acoge en tu reposo eterno a Patric Market, un hombre de bien.

Abrió los ojos, miró su reloj y tocó en el hombro a Clifford Market.

—Vamos, muchacho. Valor. Tu hermano Patric será vengado. Y he de decirte que estamos orgullosos de Patric porque fue un hombre justo, bueno y honrado. Una especie que tiende, como el peatón, a extinguirse.

Clifford Market, a través de sus empañadas pupilas, al erguirse vio algo que le hizo comprender que Forster no era inhumano.

Apretaba la diestra del muerto, murmurando:

—Bravo, Patric. Un ejemplo de vida heroica y abnegada para tus jóvenes compañeros. Vamos, Cliff. Hemos de volver a mi despacho.

Y en el despacho volvió Forster a ser un «burócrata».

Ojeó el cuarto folio.

—Una misión delicada la que va a incumbirle, subinspector

Market. Muy delicada. En su hoja de aprendizaje figura una nota en la que consta que se aficionó a estudios de capacitación para piloto aviador.

—Me gustaba, en efecto —dijo Market, afirmando la voz.

—Cuanto voy a comunicarle pertenece, naturalmente, al secreto, pero esta vez es grave el asunto. Es secreto de Estado.

—Ya presté mi juramento especial, señor. ¿No me sería posible investigar la muerte del agente Patric Market?

—Lo lamento. Cada hombre, en su obligación, subinspector. Usted es el más indicado para el caso de los rapiñadores del aire.

—¿Rapiñadores del aire?

—Le haré un breve resumen de lo sucedido. Los profanos ignoran hasta qué punto nuestro Departamento Aéreo ha experimentado inventos. El motor de reacción es cada día objeto de nuevas mejoras. En la especialidad más codiciada, la del vuelo largo, se obtuvieron recientemente asombrosas mejoras. El avión de prueba salió para efectuar el recorrido Filadelfia, Miami, Panamá, Sao Paulo y regreso. Le he citado estas ciudades no como escala, sino como punto de referencia. Despegó del aeródromo militar secreto de Filadelfia, y no se han tenido noticias de su vuelo.

Miró el folio antes de añadir:

—De esto hace ya dieciocho días. No se ha encontrado el menor resto. Cinco días después, sobre el mismo recorrido, despegó otro avión. Y también se carece de noticias suyas, ni se han hallado restos. Fue visto por última vez, desde un observatorio aéreo militar brasileño de la costa, al cruzar la línea del ecuador, hacia la cuenca central del Amazonas. A bordo, además de los dos pilotos, iba un agente compañero nuestro, el número cincuenta y cinco.

Acercóse ahora Forster el quinto folio a los ojos. Leyó:

—«Los dos aviones de rumbo ignorado iban dotados con un nuevo motor de diseño totalmente distinto a los conocidos hasta hoy, y cuya utilización supone un arma efectiva en poder de potencias extranjeras. El motor de referencia es un termorreactor, y es mucho más sencillo que los ya conocidos motores de reacción, puesto que el nuevo prototipo no tiene ni una sola pieza móvil, por lo cual en él no existe desgaste de ninguna clase. El termorreactor...»

Se interrumpió para reprochar, sin severidad:

—No se distraiga, subinspector. Guarde en su corazón el recuerdo de su hermano, pero su cerebro pertenece a su misión. Prosigo.

Siguió leyendo:

—«El termorreactor no contiene más piezas que el inyector de combustible, una bujía de encendido continuo y una rejilla cortafuegos. La primera parte del tubo es divergente, de modo que el aire que entra por efecto de la marcha pierde velocidad al aumentar la sección; es decir, la energía cinética que lleva se transforma en presión y calor. En la segunda parte del tubo se le inyecta combustible, lográndose la combustión por medio de la bujía. La tercera parte es convergente para obtener un efecto opuesto al de la primera, saliendo los gases proyectados a gran velocidad por el orificio posterior.»

Alzó Forster la vista, colocando el folio sobre la mesa.

—Estos detalles de interés para los técnicos quedan confusos para los profanos en la materia, que algún día sabrán que este motor puede impulsar velocidades sónicas sin trepidación, y que por carecer de mecanismo compresor, soporta hasta los dos mil grados de temperatura. Su entretenimiento es baratísimo, ya que apenas consume combustible. Pero, más que por su baratura, es un motor que resolvería el problema a potencias escasas en petróleo. ¿Ha asimilado la importancia del invento?

—Perfectamente, señor.

—En el segundo avión salió el agente cincuenta y cinco. Al transcurrir los días sin noticias, se convocó una reunión de altos jefes a la que tuve el honor de ser citado. El plan a discutir era el siguiente: Primero, descubrir el espía que informó la salida de los dos aviones sin rumbo conocido, por razones de seguridad. Segundo, necesidad indiscutible de verificar la prueba de largo recorrido. Tercero, agenciar los medios de realizar la prueba del termorreactor de manera que nadie pudiera ser informado de la salida del avión de prueba, cosa difícil, caso de despegar de un aeródromo militar o privado. Cuarto, dando por cierto que a la primera anomalía, los dos pilotos de cada avión cumplieron con su deber, que era provocar el estallido del motor, no cabe duda que quien o quienes estén interesados en este invento, persistirán en apoderarse del termorreactor. Quinto, era preciso elegir para la

tercera salida del aparato dotado del termorreactor un aeropuerto normal, de línea de pasajeros, con servicio de largo recorrido. ¿Comprende?

—Comprendo, señor.

—Fue elegida la compañía Longway, una de cuyas líneas está dotada de avión de pasaje con motores de reacción y que efectúa el trayecto Filadelfia-Río de Janeiro en una sola etapa. Mañana, a las ocho horas, sale un Longway para Río de Janeiro. Dos pilotos miliares. Usted irá a bordo.

—Bien, señor.

—Irá como un pasajero más. Los mismos pilotos ignorarán su calidad de subinspector de la SCE. Ellos mismos pudieron ser agentes enemigos o sobornados. Usted vigilará meticulosamente todo lo que le llame la atención a bordo. Si este avión no sufre el menor contratiempo, en cada viaje usted irá a bordo. Concretemos las posibilidades.

Apuntó Forster con el índice un mapa a escala de estado mayor.

—La más posible eventualidad es que, en algún lugar comprendido en toda la vasta zona de la cuenca del Amazonas, los otros dos aviones termorreactor se extraviaron, accidentalmente o por causa desconocida. Esta causa hay que averiguarla y combatirla. Esta es su misión.

—Bien, señor.

—De su buen éxito depende un futuro mejor. Nuestra superioridad armada puede despejar la mortificante situación de falsa paz, miedo y desilusión que ha invadido el mundo. Necesitamos mantener nuestra superioridad, no para encender guerras, sino para prevenirlas. Este es al menos mi credo sincero. No soy político, sino hombre de buena fe, como usted.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Ya sé lo que va a objetarme. A bordo viajarán algunos pasajeros inocentes. Es necesario. Su misma presencia alejará sospechas de los espías, si es que la desaparición de los otros dos aviones se debe a causa provocada. Lamentándolo, pongo en la balanza la vida de varios pasajeros, y en el otro platillo, la de millones de seres en juego. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Si sobreviene un accidente, investigue las causas. Usted

conoce aspectos técnicos del vuelo. Seguirá en los mapas la ruta. A su iniciativa queda cuanto deba hacerse. Viajará a bordo del Longway que mañana saldrá rumbo a Río de Janeiro, con documentación de prospector de minas en Sao Paulo, como nativo español, llamado Carlos Márquez, con nacionalidad adquirida en Estados Unidos. ¿Alguna aclaración?

—Ninguna, señor. Confío en que mi hermano...

—El agente Patric Market, en el cuadro de honor de nuestra organización, será debidamente vengado. Váyase tranquilo, muchacho

CAPÍTULO V

La aeromoza de la compañía Longway se mantenía pacientemente junto a la pasarela del avión a reacción, ignorante de que su motor fuera un termorreactor.

No conocía a los dos pilotos, ni le importaba. Eran feos.

Ella, en cambio, era, como las demás azafatas, un encanto para los ojos masculinos.

El reloj marcaba las ocho menos cuarto. Los pilotos estaban ya en su cabina de mandos.

Se acercaba el coche portaequipajes. Y al detenerse, se apearon los dos portadores.

—Equipaje de los pasajeros Kemper y Kemper.

Replicó ella:

—Sillas dos y tres.

—Equipaje de los pasajeros Milford, Compton y Lester.

—Sillas cuatro, cinco y nueve.

Cargaron los dos en el hueco destinado a equipajes, para después colocar en las redecillas sobre los asientos laterales las pequeñas valijas designadas con etiqueta verde de «portables».

Al arrancar el coche, dijo uno de los cargadores:

—Buen viaje, Evelyn.

Evelyn Joyce agitó la mano en despedida. No había más que cinco pasajeros, y, sin embargo, ella, en su lista, tenía seis. Tal vez el sexto pasajero no llevase equipaje.

Revisó la lista.

«Ronald Kemper.

»Dalila Kemper.»

Entre dientes, murmuró Evelyn:

—Dalila... Vaya nombre más presuntuoso.

Siguió revisando:

«Gail Milford.

«Gavin Compton.

«Dude Lester.»

Los cinco en regla. Equipajes a bordo. Tomando café en el bar, con las píldoras consabidas contra el mareo de arranque.

«Carlos Márquez.»

—Carlos... Un latino. Tendré que ir con cuidado. Estos latinos confunden la sonrisa comercial con otra cosa. Aunque éste, según la documentación, si bien español, está nacionalizado americano. Vaya, ya van llegando. Ya era hora.

Cinco minutos antes, Ronald Kemper, en el bar del aeropuerto, sermonaba a su hija:

—Te he repetido una docena de veces que nada tiene de particular que Gail Milford haga viaje a Río. Además, soy tu padre, ¿no? No tengo por qué darte explicaciones.

—Gail Milford es una ambiciosa capaz de todo.

—¿Por ejemplo?

—Hasta es capaz de tratar de seducirte.

—¿A mí? Vamos, vamos, niña. No soy ningún viejo tonto. Además, ella misma te aclaró por teléfono su satisfacción de viajar junto contigo. Y es lógico su viaje. Va en calidad de secretaria de los agentes de Bolsa Lester y Compton.

—No me gusta nada Gail.

—Pues te aguantas y serás amable. La pobre muchacha no te ha hecho ningún mal, que yo sepa. Sonríe, Dal, que allí viene.

Gail Milford besó en la mejilla a Dalila y estrechó A diestra de Ronald Kemper.

Presentó a los agentes de Bolsa Gavin Compton y Dude Lester.

Lester contempló con evidente pasmo de admiración a Dalila.

Tomaron el café y las píldoras de Dramamina.

Compton inició la marcha hacia el avión, seguido por Gail Milford y Lester.

En el bar, murmuró Dalila:

—¿Te has fijado bien en Compton, papá?

—Le vi. ¿Qué le pasa?

—Tiene cara de asesino lunático.

—¡Maldita sea! Gail es una seductora ambiciosa y Compton un asesino lunático... ¿Y qué le parece a mi encanto de niña el tercer viajero?

—Bah... Un vulgar conquistador barato, antipático.

—Vaya. Estamos de enhorabuena. Por lo menos es un tipo normal.

Dando un respingo, clavó ella sus uñas en el antebrazo paterno.

Ronald Kemper gruñó fastidiado:

—¿Qué pasa ahora, niña?

Dalila Kemper, dilatados los ojos, murmuraba asombrada:

—Es él, sí, es él.

Ronald Kemper había alternado mucho con mineros. No tenía un léxico muy escogido cuando estaba en la intimidad o irritado.

—¿Qué mil rayos pasa ahora, condenación?

—Es él. En persona. ¡Qué insolencia!

Clifford Market entraba en el bar. Llevaba una cartera de negocios sujeta a la muñeca por una cadenilla.

No miró a los dos Kemper. Seguía bajo la impresión de su reciente dolor afectivo.

—Vámonos, padre. Este individuo es el insolente que le pegó a Archie. Es capaz de haberme seguido hasta aquí.

—Si es así, lo disimula muy bien, Dal. A mí me parece un alma en pena, alguien pugnando con un dolor íntimo, sincero. Vámonos, niña.

Clifford Market bebió su café, rechazó las píldoras, y saliendo del bar, se dirigió hacia el cercano avión.

La azafata Evelyn le saludó sonriente:

—Bien venido, señor Márquez. —Hablaban en español—. Su sitio es el seis. Aquel junto a la ventanilla de babor.

En el interior, Dalila volvió a hincar sus uñas en el antebrazo paterno.

—¡Maldita sea!...

—¡Es él, padre! Viene con nosotros.

—Un derecho muy libre y suyo, si tiene con qué pagarse el pasaje. A callar ya, niña. Y disimula, que pareces una colegiala con el pavo subido.

Clifford Market avanzó por el corredor.

El trayecto a Río de Janeiro sin escalas, de la Longway, era uno de los más caros de todas las compañías aéreas.

Realizaba un solo viaje semanal. No llevaba más que ocho plazas.

Al sentarse Market, ocupando el butacón junto a la ventanilla de la izquierda, mirando al frente, observó al resto del pasaje.

A la derecha, junto a la ventanilla opuesta a la suya, había un individuo atlético, de recios maxilares.

Delante de él, una rubia bonita, fina, junto a un individuo de cara muy melancólica.

Miró al frente, y divisó primero la robusta nuca de Ronald Kemper, a quien no conocía.

La mujer que estaba precisamente delante suyo y al lado del desconocido de ancho pescuezo tenía unos magníficos cabellos negros.

Market vio cómo la aeromoza se instalaba en el lugar posterior del avión, en el espacio que, a modo de ancho pasillo, separaba las butacas de pasaje.

El avión iba a despegar. Se oyó un suave zumbido que fue aumentando hasta ser un agudo silbido.

Como una flecha, remontó el aire.

Ronald Kemper masculló:

—¡Mil diablos! Ni que fuera un cohete.

La cabina de pasajeros tenía una perfecta acústica, aislamiento del ruido exterior, refrigeración.

Dude Lester fingía dormitar, porque empezaba a sentirse mareado.

Gail Milford se aplicaba a las fosas nasales un diminuto pañuelo empapado en aromáticas sales de lavanda.

Gavin Compton desplegaba el periódico.

Ronald Kemper estudiaba las casillas de una libreta-agenda donde tenía anotadas citas, abreviados temas a tratar, precios y sugerencias.

Dalila dominaba sus nervios mirando, sin leerla, la página de una novela que le habían dicho era muy sugestiva: *Te corruptors*, de un tal Dariel Telfer.

Clifford Market abrió su cartera. De ella extrajo lo que parecía una novela. Tenía la encuadernación idéntica a una famosa

colección policiaca cuyo *slogan* de propaganda, en franja, prometía:

«Un escalofrío por minuto, una sensación por segundo.»

La novela intitulada *La horrenda noche de los aullidos* era novela hasta sus páginas centrales, sustituidas! por otras impresas en la imprenta de la SCE.

En la página noventa y ocho leyó Market:

«...saltando en el vacío hacia el líquido abismo que, espumoso, rompía lóbrego contra las rocas, levantando fantasmales penachos de espuma en crestas lívidas...»

Eran las primeras líneas de la página noventa y ocho de los sesenta mil ejemplares del mismo título.

Seguía el mismo tipo de letra, pero destinado a un solo lector: Clifford Market.

«Asiento dos: Dalila Kemper.»

Respingó el agente de la SCE, contemplando ahora con nuevo interés la negra melena femenina frente a sus ojos.

Dalila Kemper luchaba con su nerviosismo.

Siguió leyendo Market:

«Hija del financiero Ronald Kemper, ocupante del asiento tres. Ambos, honorables, pueden descartarse.»

Volvía el texto policiaco relatando la caída en el mar del perseguido asesino maniático.

Y de nuevo, el texto especial:

«Asiento cuatro: Agente de Bolsa Gavin Compton. Buena reputación, posición bancaria fluctuante. Deudas Motivo alegado del viaje: establecer con su socio Dude Lester, ocupante asiento nueve, sociedad de exportación en Río.

»Dude Lester, agente de Bolsa, asociado de Compton Ningún antecedente. Tampoco de su socio. Posibles sujetos sobornables, si oferta es crecida. Vigilarles.»

Otras cuatro líneas de la novela relatando las angustias del asesino emergiendo del agua y la saña de su perseguidor disparando.

«Asiento cinco: Gail Milford. Buena sociedad. Arruinada. Padre suicidado por bancarrota. Motivo alegado viaje: secretaria socios Compton y Lester. Vigilar.»

En la novela, ahora el asesino nadaba vigorosamente entre dos aguas. El detective pataleaba furioso. Las olas batían de pleno allá

abajo.

«Asientos siete y ocho, sin ocupar.

«Azafata Evelyn Joyce. Irreprochable. Fue sometida a prueba hace siete días. Rechazó oferta y denunció al supuesto espía que le ofreció veinte mil dólares por un plano del motor del último prototipo Longway. No obstante, vigilar.»

Ya el texto que seguía era enteramente policíaco e imaginativo.

Encendió Market un cigarrillo, cuyo extremo rojizo aproximó a unos dos milímetros de los «añadidos» tipografiados por la SCE.

Iba pasando el cigarrillo sin tocar el papel, sobre las líneas de informes reunidos a última hora por otro agente.

A medida que el calor actuaba, desaparecían los «superpuestos», reapareciendo el texto original.

La bolsa de papel ante Dude Lester fue llenándose.

La azafata Evelyn meditó:

«Ahora se pondrá antipático. A estos atletas les molesta marearse y tener que ser asistidos por una mujer.»

Pero su obligación le exigía levantarse.

Cogió la bandeja en que se empotraban vasos helados con jugo de limón, naranja, coñac, agua mineral y sobrecitos con píldoras.

La presentó a Lester, que, con el pañuelo contra la boca, denegó violentamente con un gesto.

Gail Milford cogió un vaso con jugo de limón.

Ronald Kemper cerró su libreta, se palpó la frente y de pronto recordó algo.

Girando sobre su asiento, dijo:

—Soy Kemper, el de la antracita, joven.

Dalila susurró molesta:

—Padre...

—En efecto. Soy el padre de Dalila. Anteanoche hubo, al parecer, un incidente. Le estoy volviendo forzosamente la espalda, pero, ¿para qué vamos a seguir disimulando? Me agradecería una explicación, señor...

—Carlos Márquez. No tengo inconveniente en aclararle lo que sucedió. Un amigo me prestó sus dos butacas. Una señorita llamada Nancy Prikles tenía el humano deseo de visitar el teatro aristocrático, y yo le debía un gran favor. Me prometió portarse bien, pero falló. Volcó su ponchera sobre el vestido de su hija.

—Eso me contó Dal.

—El joven que acompañaba a su hija perdió los estribos. No se lo reprocho. Pero quiso sacarme a puñetazos. Y esto sí que se lo reproché. Tal vez si hubiese sido menos impulsivo no habría pasado nada. Lo demás fue ajeno a las voluntades mías y del acompañante de su hija. Hubo un conato de pelea, personas que intervinieron... Y eso fue todo, señor Kemper. Por mi parte no hubo intención de ofender. Y si tal cosa creyó su hija, con sinceridad le presento mis disculpas.

—Vamos, Dal. El joven ha hablado en plata pura.

Ella ladeó un poco el perfil para decir, desdeñosa:

—He olvidado por completo lo sucedido.

—Bueno, eso ya va mejor. Hay viaje aún para rato. ¿Un póquer, señor Márquez?

—Con mucho gusto.

Kemper se levantó para desplegar la mesita, fijándola entre su asiento y el de Gavin Compton.

Market pasó a ocupar el asiento número siete, a su lado.

Gavin Compton asintió en silencio a la invitación del millonario, que le presentó a Market.

Contempló Compton con indiferencia mortecina al presentado.

—Tanto gusto, señor Márquez.

Kemper rió, campechano.

—Esta juventud es un asco. Su socio, Lester, fuera de combate. Gail, casi *groggy*. Mi hija, disimulando, y ustedes dos, muchachos, tienen cara de sufrimiento. La nueva generación es un asco. Tal vez tengamos nosotros la culpa.

—¿Por qué, señor Kemper?

—Abreviemos, Compton. Kemper a secas. ¡Mil rayos! Este avión es un cohete disfrazado. En el otro viaje que hice no iba a tanta velocidad ni a tanta altura.

—¿Cómo puede darse cuenta, señor Kemper?

—Kemper a secas, Márquez. Me doy cuenta porque allá vemos la línea del Delaware, y hace apenas segundos, al levantarme, se divisaba aún la cumbre de La Picuda, que ya queda invisible. Buena línea ésta. Siempre mejorando. ¿A cuánto el resto, Compton?

—No replicó usted a mi pregunta. Dijo que la nueva generación es un asco. Y que tal vez ustedes, los de más de cuarenta, tengan la

culpa.

—Tengo cuarenta y ocho, y no he perdido ilusiones. Ustedes viven la época de lo que llamo «el signo de las des». Desilusión, desidia, desamor, desprecio al futuro... Nosotros no supimos forjarles una actualidad reposada y segura. Bien, ¿a cuánto el resto?

—Cien por mí.

—Vale —acordó Market.

Barajó Kemper. Jugaron en silencio un largo rato, con alternativas.

Gavin Compton era flemático, frío. Kemper, impulsivo, de corazonadas. Market, abstraído, pasaba con frecuencia.

Exclamó de pronto Kemper:

—¡Mil rayos! Oiga, señorita...

Acercándose presurosa, dijo la azafata:

—Evelyn, señor Kemper. Dígame.

—Evelyn. ¡Este trasto es un cohete! Desmiéntame si me engaño. ¿No es aquel pan quemado el monte de Savannah?

—Lo es, señor Kemper.

—¡Savannah! ¿Dije o no dije que esto era un cohete? Felicitaciones de parte mía a la Longway, Evelyn. Con aviones como éste, pronto desayunaré en Filadelfia, almorzaré en Hong-Kong y jugaré al golf antes de cenar en Johannesburgo. Oiga, Evelyn, tráigame un coñac francés doble.

Al alejarse la azafata, agregó Kemper:

—Este avión es magnífico. No trepida casi nada. Parece una alfombra. Vaya, Gail, veo que te has sobrepuesto. Eres una chica valiente. Echa una mano. Te permitiremos hacer trampas.

Gail Milford se trasladó al asiento ocho, junto a Dude Lester, que iba recuperándose y que fanfarroneó:

—Las salidas en ascensor y avión siempre me agolpan sangre en las sienes. Exceso de plétora. Dentro de poco seré el quinto en esta partida.

El juego volvió a imponer silencio.

Al perder su primer resto, se excusó Market:

—Abandono. Nunca he sido fuerte al póquer, y soy mal jugador. El señor Lester tomará mi lugar, seguramente.

Volvió a sentarse tras Dalila.

Desplegando un mapa de ruta, fue identificando la difícil

topografía. Cerró los ojos. No podía apartar de su mente la imagen de Patric, desfigurado, destrozado, torturado con salvaje bestialidad.

Debía rehacerse. Sobreponerse, como diría el campechano Kemper.

Tenía una misión que cumplir. De un momento a otro podía sobrevenir el misterioso accidente.

El accidente que había hecho desaparecer sin el menor rastro a otros dos aviones dotados del mismo motor que ahora, a velocidad pasmosa, surcaba el espacio.

Se durmió porque desde las cinco y siete minutos de la madrugada anterior no había podido dormir. Había Colocado la manecilla de su pulsera-despertador en las once y treinta, hora en que, surcado el canal de Panamá, iniciarían el rumbo hacia el Amazonas.

Tintineó su reloj. Abriendo los ojos, vio a Gail Milford que dormía apoyada en el hombro de Compton. También en su esquina descansaba Lester.

Kemper comía con un apetito feroz. Dalila dormitaba.

Se acercó Evelyn Joyce.

—¿Qué le sirvo, señor Márquez?

Tras consultar la carta, eligió Market.

Kemper, extendiendo su respaldo, levantó el estribo delantero y, tendido confortablemente, cruzó ambas manos sobre el estómago, disponiéndose a dormir.

El monótono zumbido del termorreactor era una invitación al sueño.

Terminado su almuerzo, consultó Market el mapa de ruta.

Era copia del facilitado por el Departamento Aéreo sobre la ruta exacta que seguiría el termorreactor.

Pasaban ahora sobre la cuenca del Orinoco, surcando Venezuela de este a oeste. Se divisaba a lo lejos la elevada sierra de Pacaraima, primera frontera norte del Brasil.

Faltaban cuatrocientas millas para atravesar Manaos y la gigantesca isla Serpa, centro civilizado del enorme Amazonas.

Después venía ya la red de afluentes y al sur, el Matto Grosso, con sus numerosos parajes inexplorados.

A partir de la línea ecuatorial, paralelo cero, podía sobrevenir el

accidente ignorado.

Kemper y Lester roncaban. Suspiraba Gail, meditaba Compton y soñaba pesadillas Dalila.

Evelyn Joyce leía las aventuras de una muchacha en las montañas de Escocia en el siglo diecisiete.

Entre las manos de Market, el dibujo del mapa reproducía el lejanísimo suelo. La isla Serpa y la ciudad de Manaos.

Estaban en el paralelo cuatro sur, meridiano cincuenta y nueve. Normal, todo normal.

Y empezó Market a pensar que lo único anormal, aunque gratamente anormal, era su encuentro con Dalila Kemper.

Una muchacha que, al verla por vez primera la noche del escándalo, había producido en él tan fuerte impresión.

Volvió a mirar el mapa de ruta. La próxima señal de referencia eran las Cataratas de Apúe, las Colas de Caballo. Majestuosas, blanquísimas entre el verdor de la espesa vegetación, las cataratas se mostraron fugazmente.

La siguiente referencia era la negra cordillera del Araguaya, con sus incisiones de barrancas de cuarzo.

Market contempló el paisaje, volvió a mirar la hoja quince de su mapa rutero, observó su reloj y dirigió la mirada hacia Evelyn, enfrascada en su lectura de las andanzas de una romántica aventurera.

Levantándose, se acercó Market a ella, que al oírle se puso en pie.

—Dígame, Evelyn, ¿sabe dónde estamos exactamente?

—No, pero preguntaré al piloto, señor Márquez. Un momento, por favor.

Bajó una palanca en el cuadro a su lado. Habló a la redecilla:

—¿Situación, por favor? ¿Situación, por favor?

Esperó unos segundos. Comentó, extrañada:

—Es raro. No contestan. Iré a ver.

La siguió Market. En la puerta del compartimento delantero, repiqueteó ella sobre un círculo membranoso. Explicó:

—Los pilotos se molestan si abro la puerta. Es privilegio de ellos. Reiteró la llamada, ya impaciente.

Clifford Market asió la empuñadura. Evelyn protestó:

—No haga eso. Está prohibido.

Abrió Market.

Y Evelyn Joyce lanzó un agudo chillido que despertó a los pasajeros.

Azulados los rostros, inmóviles, tendidos en el suelo, derribados de sus sillines, los dos pilotos yacían boca arriba.

Market contuvo el ademán de Evelyn, que se disponía a precipitarse hacia los dos yacentes.

—¡No entre! Están electrocutados. Mire el suelo.

Vibraban chispas en reguero por el suelo de la cabina de mandos.

El olor a carne quemada llegó netamente al olfato de Evelyn que, pese a toda su fortaleza nerviosa, se desmayó.

Y sosteniéndola entre sus brazos, se halló Market ante el misterio incomprensible.

El avión seguía su vuelo normal. Pero con rumbo desconocido.

En la cabina, dos pilotos muertos. Electrocutados.

Y ningún pasajero se había movido de sus asientos.

CAPÍTULO VI

Las juntas de la puerta con la cabina de pasajeros estaban herméticamente forradas de aislante.

La enigmática corriente que había electrocutado a los ¿os pilotos no podía seguir camino hacia los pasajeros.

Kemper y Compton estaban junto a Market, que seguía sosteniendo a la desvanecida azafata.

—¿Qué pasa aquí, Márquez?

—Los dos pilotos están electrocutados.

—¡Condenación! ¡Agarren los mandos, hagan algo, pidan socorro por la emisora!...

—Toda la cabina de mandos está bajo una corriente de fuerte voltaje, Kemper. Que nadie atravesase esta puerta.

—¡Pero nos vamos a estrellar!

El pánico cundía.

Market se dio cuenta que debía imponer enérgicamente una actividad sosegadora.

—No pierdan la serenidad. Usted, Compton, cuide de su acompañante. Usted, Kemper, proteja a su hija. Usted, Lester, ocúpese de Evelyn. Ajústense los paracaídas. Pronto.

El avión había aminorado su velocidad, y describía a modo de amplios círculos, casi planeando.

Evelyn Joyce se recobró de su desmayo para encontrarse entre los brazos de Lester, que ya se había ajustado espaldas y cinto del paracaídas.

Kemper, abrazado a su hija, vociferó:

—¡Nos vamos a estrellar!

Conminó Compton:

—Abre la puerta, Lester. Ábrela y lancémonos fuera.

Todos actuaban como por sacudidas, presa del pánico.

Únicamente Market conservaba la serenidad, tratando de pensar en el medio adecuado para inutilizar el motor termorreactor.

No podía entrar en la cabina, donde aún restallaban por el suelo descargas eléctricas, de origen desconocido.

El avión planeaba ahora en grandes círculos sobre una zona boscosa surcada por un río de muchas revueltas, cuyo curso tenía semejanza con un largo y gigantesco sacacorchos.

Gail Milford se asía desesperadamente al cuello de Compton.

Contra una de las portezuelas, unían sus esfuerzos Kemper y Lester para abrirla.

Evelyn Joyce fue readquiriendo el dominio de sus nervios.

Acudió para maniobrar en los topes de cierre de la hermética puerta, que, al abrirse, mostró el abismo boscoso, ante cuya visión retrocedieron Kemper y Lester.

El silbido del avión era ahora agudo, muy perceptible.

Gavin Compton, levantando en vilo a la abrazada Gail, empujó a los lados para abrirse paso y se arrojó al vacío.

Su gesto pareció contagiar a los demás.

Dude Lester se lanzó cerrados los ojos.

Ronald Kemper, abrazando a su hija Dalila, hundió se en el abismo.

Pronto se abrieron tres grandes setas, destacándose la blancura de la seda del paracaídas sobre la intensamente verde vegetación y el azul del río.

Evelyn Joyce se ajustaba el paracaídas. Y señaló un cinto complementario al que se estaba ciñendo.

—Pistola con cartuchos de bengala, Márquez. Láncese ya, porque es mi obligación saltar la última.

Market ciñóse el cinto de bengalas luminosas y de la cartera extrajo los mapas fragmentados de toda la zona central del Brasil.

—Distamos aún un buen millar de metros del suelo, Evelyn. Arrójese ya, que la sigo. Sin discutir. Cuando llegue al suelo, ya daré mi posición para que nos reunamos. ¡Vamos!

La empujó por los hombros.

Y al desaparecer ella por la abertura, Market regresó junto a la

cabina de mandos.

Tiró al suelo un papel, que fue ennegreciéndose y arrugándose, despidiendo humo.

Chispeaban en los dos cadáveres los anillos y relojes.

Súbitamente, un nuevo zumbido llamó la atención del agente de la SCE. Era un ronco estrépito que iba aproximándose.

Creyó en la presencia de otro avión, hasta que comprobó que era un ruido semejante al de un gigantesco transformador.

Cesó bruscamente.

Y a la vez se apagó todo zumbido en el termorreactor. Una enorme sacudida pareció descuadernar el avión.

Proyectado por la fuerza del incomprensible fenómeno, salió Market precipitado fuera de la carlinga de pasaje.

Cayó en volteretas vertiginosas.

Su índice estiró del anillo, abriéndose el paracaídas.

Al compás de los bamboleos laterales, trató de divisar el avión en el espacio.

Bajaba en picado, como atraído por un imán, ya que no era la fuerza de gravedad la que le hacía caer, puesto que picaba en ángulo agudo, más al sur de donde descendían los paracaídas.

Asido a los tirantes, divisó Market cómo el avión desaparecía entre contornos de una colina arbolada, elevándose en una de las revueltas del río.

Trabó contacto con el suelo y fue arrastrándose unos instantes, hasta que logró desprenderse de las espalderas.

Se puso en pie mirando en rededor.

Estaba en el centro de un conjunto de árboles, lianas, trepadoras, matorrales y sobre un suelo de mullida hierba color rojizo.

Sacó febrilmente los mapas hasta localizar uno que era atravesado por un surco en forma de sacacorchos.

Río Juruá.

En pleno corazón inexplorado y selvático del Amazonas.

A lo lejos remontó en el aire un cohete rojo seguido por otro azul, con profusión de humo.

Evelyn Joyce disparaba bengalas señalando su posición.

Hacia allá se dirigió Market, abriéndose dificultosamente paso por entre la vegetación.

Crepitaron mandíbulas cerca.

Miró, divisando en la copa de un árbol numerosos monos pequeños.

Oíanse susurros por entre la hierba. Un silencio repentino imperaba a instantes, hondo, estremecedor.

Era la selva virgen, la selva, dominio de las fieras desconocidas.

Oyó un grito femenino.

Corrió dando tropezones.

El grito lo había proferido Evelyn, la cual trataba de escapar al cerco lento que describía un animal parecido a un gato grande.

Market sacó su pistola, apuntando cuidadosamente entre los ojos del felino. Disparó.

Alcanzado certeramente, el felino dio un brusco salto a un lado, para caer sobre el lomo, arañando el aire en zarpazos convulsos de muerte.

Evelyn acudió corriendo. Anulados los barnices de civilización. Como la hembra primitiva y aterrorizada. Se abrazó a Market, gimiendo:

—No me dejes aquí, no me dejes sola. Estamos... en plena selva del Amazonas, y aquel río es el Juruá, donde dicen que está la anaconda, la serpiente de cincuenta metros de largo por tres de ancho... ¡La anaconda!

—Cálmate, Evelyn. Saldremos de aquí. No te dejes dominar por el nerviosismo.

Se oyó un lejano disparo hacia el Sur. Comentó Market:

—Los otros. Vamos a reunirnos con ellos, Evelyn. No tengas miedo, muchacha. Saldremos de aquí.

Acercándose al río, cuyas márgenes parecían playas, caminaban por senderos abiertos entre la copiosa vegetación por algunos cuerpos voluminosos que habían formado a modo de túneles en la selva.

El sol apenas lograba penetrar, produciendo una leve claridad.

Y vieron a Kemper, a su hija, a Gail y a Compton, en pie, agitando los brazos, en una de aquellas riberas que formaban como una cala playera.

Dalila estaba sentada, cruzados los brazos sobre las rodillas y apoyada la cabeza sobre los brazos. Una postura que evidenciaba su honda desesperación.

Kemper gritaba:

—¡Aquí, aquí!

Los seis quedaron reunidos. Mirándose con aprensión.

Comentó Compton:

—Palta Lester. Debió caer más lejos. Dispararé otra vez para señalarle nuestra posición.

Alzó su pistola ametralladora.

La misma que había matado a Patric Market.

Disparó al aire, y el estampido resonó huecamente.

Al extinguirse el eco del disparo, murmuró Kemper:

—Hemos de hacer algo. Se nos va a echar la noche encima. Y aquí, por la noche...

—Hay que encender fogatas. Dicen que esto ahuyenta a las fieras.

—¿Dónde estamos?

—Tengamos calma. No hay que perder el control.

En chillidos agudos, exclamó Evelyn:

—¡El mapa señala que éste es el río Juruá! ¡Es la zona de la anaconda!

—¿Anaconda?

—La serpiente de cincuenta metros...

Atajó Market:

—Leyendas. Hagamos un círculo de fogatas. Ustedes dos, Compton y Kemper, ayúdenme a romper ramas. Y ustedes dos, Gail y Dalila, recojan las ramas y tráiganlas aquí. Usted, Evelyn, vaya apilando lo que traigan ellos.

—Es preciso huir de aquí.

—¿Hacia dónde? La noche se acerca.

—Esperaremos al amanecer. Esta playa es blanda y con las fogatas apercibiremos cualquier peligro. Además, Compton tiene un arma y yo también. No hay peligro inminente. Caben recursos. Hacer una balsa y seguir el curso del río hacia el Norte. Pero ahora recuperen todas sus energías y hagamos lo dicho.

Aprobó Kemper:

—De acuerdo, Márquez. Vamos a ello. Levántate, Dal. Y tú, Gail, deja ya de lloriquear. Somos tres hombres protegiendo... ¡Ahí viene Lester!

Dude Lester avanzaba presuroso, manoteando, como poseído por

un pánico infrahumano.

Llevaba la ropa en jirones, desgarradas en su correteo a través de las zarzas y la vegetación.

—¡Es horrible! ¡La he visto, la he visto!... ¡Era...!

Estaba ya junto a ellos.

Market alzó en rápido gancho su puño, que chocó limpiamente en la punta del mentón de Lester, que se desplomó sin sentido.

Explicó Market:

—Tuve que hacerlo. Compréndalo, Compton. Su compañero estaba histérico y nos iba a contagiar.

—Bien hecho, Márquez.

—¿Qué es lo que vio? —quiso saber Gail.

—¡La anaconda! ¡La...!

—¡Cállese, Evelyn! —atajó Market, zarandeando por un brazo a la azafata—. No agravemos nuestra situación.

Argumentó Kemper:

—Hemos... Es necesario buscar una ciudad, un poblado cercano, algún sitio habitado. No podemos pasar la noche aquí.

—Escuche, Kemper. Esta es una zona inexplorada. Vea este mapa con las notas marginales. Estamos en el curso medio e inferior del Juruá. No hay ciudades, ni poblados, ni habitantes en un cuadrado no inferior a cuatrocientos kilómetros. El único poblado es Fonte Boa, que está cerca de la desembocadura del Juruá y dista unos quinientos kilómetros.

—¡Es imposible extraviarse hoy en día! Hay telégrafos, hay...

—Aquí no hay más que selva incivilizada, Kemper. Podremos salir de ella si aunamos los esfuerzos y serenamos los ánimos.

Propuso Compton:

—Hagamos una balsa. Y siguiendo el curso del río hacia Fonte Boa, llegaremos a sitio habitado.

—¿Con qué hará la balsa? No tenemos hacha para derribar troncos.

—Pero, ¡todo esto es imposible! No podemos estar perdidos aquí. Forzosamente tiene que existir un medio de... salvarnos.

En el suelo arenoso, se incorporó Dude Lester, sacudiendo la cabeza y palpándose la mandíbula.

Gruñó, agresivo:

—¿Quién me ha golpeado?

Dijo Compton:

—No es memento para tonterías, Lester. Y usted, Márquez, comprenda que no tenemos espíritu suficiente para permanecer aquí, quietos. Aunque sea andando, siguiendo la ribera, iremos en busca del Norte.

Market deseaba explorar la colina boscosa al sur, donde vio desaparecer el avión.

Encogiéndose de hombros, contestó:

—De noche es peor caminar por la selva. Mi consejo es que esperen al amanecer.

Manifestó Kemper:

—Propongo ponernos en camino para ir en busca cuanto antes de la civilización.

—Medite que son quinientos kilómetros en línea recta. Siguiendo la ribera, el doble.

—Pero quedamos aquí nada resuelve —objetó Compton.

—Exacto —aprobó Kemper—. Pasar la noche aquí, sería peor. Ustedes, Compton y Lester, ¿están de acuerdo conmigo?

Los dos interpelados asintieron en silencio.

—Entonces, vámonos. Seguiremos el curso del río hacia el poblado. Por el camino hallaremos a alguien... Es imposible que estemos en una comarca totalmente despoblada.

Calila se levantó, acercándose a su padre.

Gail Milford no se separaba de Compton.

Dijo Lester:

—Vámonos ya. Lo que vi, no puedo precisarlo, pero era algo enorme, arrastrándose. Vámonos...

—¿Viene, Márquez? —preguntó Kemper.

—No.

—Allá usted con su terquedad.

—No es terquedad. Es prudencia. Yo encenderé fogatas que ahuyentan a las fieras, y cuando nazca el nuevo día...

—¡Vámonos ya! —apremió Lester, echando a andar.

Le siguió Compton, acompañado por Gail.

Kemper, lívido, asió por una mano a su hija.

Fueron alejándose, ribera arriba.

Evelyn Joyce susurró:

—Están locos, pero quedarse aquí es también una locura,

Márquez. Me voy con ellos.

—Como quiera. Pero ya debe conocer de referencias esta zona. Abundan las serpientes cascabel, los jaguares y toda clase de fieras extrañas, como el taminor hormiguero, la janguada, el cafuze y otras. Lo he leído. Y recomendaban los exploradores no moverse de noche, sino permanecer en el centro de un círculo de fogatas, constantemente alimentadas. Esta es la mejor solución.

—Ellos son tres, y dos van armados. Me voy, Márquez. No se quede aquí.

—Váyase.

Ella se alejó corriendo por la arena.

Market empezó a quebrar ramas bajas, medio secas, que fue apilando en varios montones, formando un círculo.

Anohecía, cuando a solas en la playa del Juruá encendió las grandes masas resinosas, sentándose en el centro del claro junto a otros haces.

Tenía que ir hacia la colina boscosa donde había desaparecido el avión. Su teoría era que una fuerza misteriosa, proyectada desde lejos, había electrocutado a los dos pilotos, captando luego en forma inexplicable el mando del avión hasta atraerlo a la colina pardorrojiza.

Allí estaba la solución del misterio de la desaparición de los tres aviones.

Percibió susurros y vio puntos brillantes fosforescer por la densa vegetación, ya cubierta por el manto de la noche.

Pupilas acechándole. Pupilas de seres monstruosos.

Y su imaginación empezó a divagar por lo que había leído acerca del misterioso terreno del Amazonas, donde sensatos exploradores pretendían haber visto mujeres-gorila, hombres-cabríos, reptiles de enorme largura, restos supervivientes de monstruos prehistóricos.

Se dominó para no dejarse vencer por la imaginación.

El intenso silencio iba poblándose de extraños rumores. El más audible era el suave deslizamiento del anchuroso río.

Restallaban repentinos crujidos, castañeteo de dientes, silbidos, y muy identificable, el cascabeleo peculiar del reptil de cola campanillera.

Unos rugidos fueron creciendo, apagándose, volviendo a

amplificarse...

Clifford Market empezó a creer que, si no se sobreponía, enloquecería a las pocas horas de escuchar aquella cacofonía, a instantes ensordecedora y que cesaba de pronto.

Las fogatas crepitan en ancha llama verde. A sus resplandores miró Market el reloj. Las seis de la tarde.

En aquella época invernal faltaban trece horas para que volviese la luz del día. Trece horas de constante vigilia.

¿Y qué habría sido de los otros seis compañeros de viaje? Le había sido imposible imponerse a ellos, porque estaban empavorecidos.

Lo sentía por las tres mujeres.

Pensó en Dalila, a la que conoció arrogante como una diosa, y ahora empequeñecida, humanizada, más femenina, plenos de ancestral temor sus hermosos ojos.

De pronto meditó en que Compton y Lester llevaban pistolas. Debían poseer licencia.

A través de las llamas no pudo divisar lo que rodeaba la ribera.

Le era imposible ver unos rostros oscuros, hirsutos, de crespas cabellera. Seres que iban reptando por el suelo, armados de machetes, lanzas y con largos lazos de liana.

CAPÍTULO VII

Clifford Market se levantó, porque el estar sentado, inmóvil, le causaba una sensación de inerte e indefenso.

El cielo oscuro, tachonado de estrellas, tendía su enorme arco, sin luna. Ascendía frescor del río, pero un frescor malsano, como cargado de miasmas húmedas, de plantas en putrefacción.

La floresta empezaba a destilar dulzores olores exóticos. La naturaleza, en todo su esplendor salvaje, iba despertándose con la noche.

Tendió Market el oído. Le parecía haber escuchado el susurro de unas gargantas humanas, próximas, hablando en voz queda.

A lo mejor eran los seis, que regresaban.

No, porque hubiesen gritado, advirtiéndole de su llegada.

Y de pronto, algo silbó, sinuoso.

Market alzó en gesto instintivo su diestra para protegerse del peligro invisible.

Otros silbidos siguieron y varios lazos se cerraron prietamente alrededor del busto, brazos y piernas del agente de la SCE, que cayó derribado.

Se sintió arrastrado hacia el espacio abierto entre dos fogatas.

No podía substraerse a la tracción de las lianas manejadas por seres que no veía.

Primero creyó en un ataque simultáneo de reptiles. Pero ahora comprobaba que eran ligaduras. Y sintióse extrañamente aliviado.

Eran seres humanos y lo prefería aunque fuesen salvajes, indios de tribus desconocidas. Lo prefería a tener que esperar trece horas frente a lo ignoto, lo monstruoso y prehistórico de aquella zona

inexplorada de la cuenca del Amazonas.

Al salir del círculo de llamas, cegado por ellas, nada vio.

Sólo sintió que era izado a lomos de algún animal, el cual se puso en marcha río abajo. Estaba él de bruces, atado, y únicamente olía el acre y punzante hedor de una piel animal, velluda, semejante a la del mulo.

Algo rodeó su cabeza. Una tela. Y las tinieblas fueron completas.

Trataba de reflexionar. Serían salvajes que lo estarían llevando hacia su poblado.

¿Por qué no le habían dado muerte? ¿Por qué le cubrían el rostro? ¿Dónde iban?

Pasaban los minutos y el trote se convirtió en galope.

No resonaba, porque los cascos del desconocido animal que cargaba con él se hundían en la arena.

Agotado, Market cerró los ojos, renunciando a pensar. Cuando cesase el galope y le quitasen el saco que cubría su cabeza, entonces vería dónde estaba y quiénes eran los que le habían apresado con sus lazos.

Calculaba que hacía ya unas dos horas que estaban en marcha. Y se durmió, físicamente vencido por el momento.

No podía ver que estaba a lomos de un vulgar caballo, corto de alzada, y cuya larga brida era dirigida desde una canoa que surcaba río abajo, valiéndose de una lona triangular como vela.

Eran tres canoas ocupadas por una veintena de mulatos de los que en otras zonas alejadas trabajaban en las plantaciones de café.

A caballo, al frente, iba un blanco. Cubría su cabeza con un salacot y su camisa de recia tela mostraba, cruzadas en bandolera, cartucheras. Al hombro terciaba un rifle, y al cinto, dos pistolas.

Llevaba pantalón corto y botas altas. Su rostro era duro, anguloso.

Alzó la diestra cuando, al detener el caballo, quedó en un ancho espacio claro, junto a la base de una gran colina cubierta de árboles de hojas pardas.

En la base de la colina, distando del río apenas un centenar de metros, se abrían varias oquedades. Por una de ellas, los desembarcados mulatos empujaron el caballo sobre cuyo lomo estaba atado Market.

Otras canoas aparecieron, en las que mulatos tiraban de la brida

de otros seis caballos, donde, de bruces y atados, cubiertas las cabezas con sacos de bejuco, estaban los restantes pasajeros del termorreactor de la Longway.

Los caballos fueron al paso por las oquedades cavernosas, que semejabán largas galerías mineras donde en las paredes se empotraban linternas.

Las galerías iban prolongándose en otras múltiples. El blanco que iba montado volvió a hacer la señal de detención.

Hizo otro ademán y dos mulatos se dirigieron hacia cada uno de los caballos, de donde descargaron a los prisioneros.

Cogiéndolos por los sobacos y piernas, fueron llevándolos por una galería lateral.

Al extremo se abría una gran puerta de recia madera que daba acceso a una iluminada concavidad que tenía semejanzas con un refectorio de monasterio.

Las lisas paredes se combaban hacia el techo. Había en el centro una larga mesa y dos bancos.

Sobre los bancos depositaron los mulatos a los prisioneros.

Desde la puerta, el blanco hizo otra señal, indicando a las mujeres.

Les fueron quitadas las lianas que en lazo las ataban.

Y ya liberadas ellas, pero todavía cubiertas las cabezas, el blanco hizo otra seña. Ágilmente, todos los mulatos desaparecieron a toda velocidad, como simios bien amaestrados.

El blanco cerró la puerta desde fuera.

En la vasta celda quedaron cuatro hombres inmovilizados y tres mujeres que, forcejeando, se liberaban de los sacos que hasta entonces las habían amordazado.

En silencio, Dalila se precipitó hacia su padre.

Gail Milford empezó a destrabar las ligaduras que ataban a Compton.

Evelyn Joyce quitó primero la tela que cubría el rostro de Market, el cual, libre ya, miró en derredor.

Todos, en silencio, se fueron mirando.

No había nada amenazador. Estaban en una sala que parecía el refectorio de un monasterio.

Al fondo, una gran puerta, de negra madera, cerrada.

Nada les amenazaba y, sin embargo, ninguno se atrevía a

quebrar el hondo silencio con que se contemplaban, atónitos, incrédulos, temerosas ellas, porque el misterio se había acrecentado.

Palpándose, Compton y Lester, al igual que Market, comprobaban que les habían quitado las armas y cuanto contenían sus bolsillos.

Fue Ronald Kemper el que primero reaccionó, estallando en una carcajada nerviosa, pero de inmenso alivio.

CAPÍTULO VIII

Exclamó Kemper, excitado:

—¡Está claro! Son bandidos brasileños y nos pedirán rescate. No son salvajes, o no estaríamos así. ¡Animo, Dal! Estamos salvados. Y lejos ya la horrible noche en la selva llena de ruidos y deslizamientos. No le sirvieron las fogatas, Márquez. Nosotros, apenas habíamos dado un centenar de pasos cuando fuimos cazados. En estas horas he envejecido más que en diez años. Pero ahora ya todo queda aclarado. Leí algo sobre los bandidos brasileños... Verán como dentro de unos instantes vendrán unos cuantos a fijarnos precio. En esta vida todo es cuestión de precio, y de negociaciones. Y hemos salido bien parados.

Hablaba nerviosamente, como deseoso de convencerse a sí mismo.

Los demás, maquinalmente, se frotaban los miembros entumecidos por las lianas.

Replicó Compton:

—Es posible. En todo caso, hay una verdad. Aquí no entran las fieras. Pronto sabremos a qué atenernos. ¿Qué pasa, Gail?

Ella reía nerviosamente, sin poder explicar que su reacción se debía a que estaba pensando que habían efectuado aquel viaje para someter al millonario Kemper a un rescate.

Explicó Kemper:

—Es una reacción natural. La chica desfoga así sus sustos pasados. ¿Qué opina de todo esto, Márquez? ¿No nos guarda rencor por haberle dejado a solas?

—No me dejaron, sino que me quedé voluntariamente. Y celebro

la aparición de los lazos, que les evitaron peligros mayores. No deben ser salvajes, porque no estaríamos así, como ha dicho usted muy bien, Kemper.

—Y ahora todo aparece claro —expuso Kemper—. Los dos pilotos sufrieron un accidente y...

Se interrumpió.

La gran puerta de madera negra acababa de abrirse de par en par.

Aparecieron seis mulatos armados con largas lanzas, cuyas puntas dirigían hacia los prisioneros. Entre ellos estaba el blanco de rostro duro y anguloso, con una pistola en cada mano.

Dijo una voz:

—Apártese, Brown.

Al apartarse a un costado el llamado Brown, avanzó un individuo de mediana estatura, vestido de dril blanco.

Tenía un rostro de intelectual ascético, destellando sus azules ojos tras los cristales de sus lentes sin cerco.

Miró a los reunidos con frialdad. Hizo algo semejante a un saludo.

—Los mulatos y mi ayudante Brown no están aquí para causarles el menor daño. Son como una advertencia para el caso de que alguno de ustedes pretendiera cometer algún acto desesperado. Estimo que ustedes, personas pertenecientes a un mundo distinto, deben saber las causas por las que, fortuitamente y contra su voluntad, se hallan aquí. A esto he venido.

Indagó Market:

—¿Usted quién es?

—Stanley Briggs, si es que con ello le aclaro algún punto.

—Usted es inglés.

—Soy súbdito de la hermandad humana.

—¡Diga de una vez lo que se propone, Briggs! —vociferó Kemper—. Tengo urgentes negocios que reclaman mi presencia en Río de Janeiro. Pagaré lo que sea, pero tenemos que irnos.

—Lamento su error. Y tienen que acomodarse a oírme. Reitero mi indicación de que si alguno de ustedes, hombre o mujer, pretendiera levantarse, chocaría contra la punta de una lanza, o tal vez, mi ayudante Brown dispararía. Y no quiero muertes violentas.

—¡Déjenos, pues, libres! Habla como un hombre decente,

honorable, y es absurdo, puesto que es usted un inglés civilizado, retenernos aquí contra nuestra voluntad.

—Las causas por las que están aquí y por las que he tenido que tomar una decisión muy en contra de mi propia voluntad, las comprenderán cuando les exponga lo que juzgo necesario decirles, por cuanto, como ha dicho usted, soy un ser decente y honorable.

Stanley Briggs hablaba pausadamente, como el catedrático que expone un tema difícil para su auditorio, pero sencillísimo para él.

—Cierto que nací en Gran Bretaña y me dediqué tempranamente a estudios relacionados con el mayor poder. El éter atmosférico. Trabajé hasta hace cuatro años en un laboratorio británico, ayudado por Brown, pero comprobé una triste verdad. Si persistía en perfeccionar mis descubrimientos en un laboratorio civilizado, mi tarea, que como toda tarea científica debería ser encaminada hacia el bienestar humano, sería empleada con fines bélicos de destrucción.

Los pasajeros del termorreactor escuchaban ávidamente.

Iban serenándose, puesto que quien les hablaba era un hombre de aspecto comedido, cortés. Un científico.

—Y precisamente soy un acérrimo defensor del bienestar humano. Pensé, pues, que siendo las guerras una maldición bíblica, la ciencia debía encaminar sus adelantos hacia la consecución de la paz. Pero esta teoría no podía progresar en un mundo acometido por el miedo y agitado por turbios manejos y afanes del imperialismo de las potencias dominantes. Decidí con Brown equipar una expedición, llevándome cuanto fuera necesario para instalar mis laboratorios en un lugar completamente fuera del alcance de espías, financieros y apetencias codiciosas.

Los mulatos permanecían vigilantes.

Brown seguía con las dos pistolas encañonando un posible ataque de los que, sentados, escuchaban asombrados.

—Elegimos el Amazonas. Todo un vasto continente, con cientos y cientos de millas cuadradas sin explorar. Conseguimos la amistad de un jefe arará. Pudimos instalarnos en esta colina, que fue la que más me convenció como sede de mi laboratorio. Estos mulatos son gente asalariada. Y gracias a la vigilancia de ellos y a la amistad de los ararás, durante dos años hemos podido trabajar tranquilamente. Son ustedes los primeros seres civilizados que sabrán que he llegado

ya al término de mis estudios sobre el éter atmosférico. Si les estoy aburriendo con mis explicaciones, discúlpenme, pero son necesarias para el eficaz entendimiento de cuanto tengo que anunciarles.

Ronald Kemper iba a protestar, pero Dalila le acalló colocándole suavemente un dedo en los labios.

Stanley Briggs prosiguió:

—El éter atmosférico es la materia primordial de la vida. Y como son ustedes profanos en la materia, no ahondaré, sino que, muy toscamente, les expondré la base de mis estudios. El aire ha sido creado para dar vida, y nuestros pulmones lo aspiran en grandes proporciones, imperativamente. Pero también el aire propaga miasmas, microbios. He estimado que los aviones son un virus más destructor que el cáncer. Y al igual que otros beneméritos científicos ahondan en los estudios de la lucha contra bacilos, virus y plagas, yo profundicé en el estudio del elemento que podía anular el peor virus: la guerra.

—Magnífico —aprobó, a su pesar, Evelyn Joyce—. Si lo ha logrado, señor Briggs, es usted un sabio que merecerá la gratitud humana.

—Error, señorita —dijo, con pena Briggs—. Si yo estuviese en un sitio civilizado y expusiera a unos periodistas lo que estoy explicándoles, miles de agentes del espionaje de todas las potencias se matarían entre sí para apoderarse de mis fórmulas y de los diseños de mis aparatos. Miles de financieros interesados en el gran negocio que es la guerra tratarían de anular mis positivos triunfos. Por esto decidí experimentar particularmente. Y ya he triunfado.

—¿Cómo? —preguntó Market.

—Infortunadamente, ustedes viajaban a bordo del avión con el cual, por tercera vez, he efectuado mi experimentación.

—¡Usted...!

—¡Los pilotos electrocutados!...

—Víctimas inocentes, cuya muerte no es un asesinato, sino un holocausto para un futuro mejor. El principio en que baso mi rayo paralizador es sintéticamente sencillo. Me valgo del propio éter, del mismo modo que la telegrafía, la radio, la televisión. Pero lo que para su vulgar entendimiento pudiéramos llamar mí emisora, la emisora Briggs-Brown, se funda en el siguiente proceso: tiene un alcance voluntario, no superior, por el momento, al de la cuenca del

Amazonas. Un avión que pase por esta zona es detectado. Cuando su situación es favorable para mis fines, el éter es el vehículo por el cual asciende hacia los mandos del avión una poderosa corriente que, infortunadamente, produce la electrocución de los pilotos. Al mismo tiempo, esta corriente actúa a modo de imantación, y el avión es atraído en planeo estabilizado hacia el lugar que yo pretendo. En este caso, una pista natural al este de la colina. Allí están los tres aviones, último adelanto de mis colegas aerotécnicos. Debo aclarar un punto.

Stanley Briggs hizo una pausa, complacido al verse escuchado con aquella enorme atención.

—Tengo un colega amigo, que comparte mis teorías. El me hizo saber la elaboración de un motor especial, que sería puesto a prueba en el trayecto Filadelfia-Río de Janeiro. También haré yo saber que ningún perfeccionamiento evitará que mi rayo paralice flotillas y escuadras en vuelo. Reuniré aquí adeptos a mi causa, y día llegará en que sea imposible que estalle la guerra, porque al igual que el rayo paralizador actúa sobre los motores aéreos, puede aplicarse a submarinos, navíos, tanques, coches y personas.

El llamado Brown asintió gravemente a las palabras de su profesor, que prosiguió:

—Un ejército combatiente ya no tendrá razón de ser, desde el momento en que una fuerza paralice sus pertrechos y hombres.

Manifestó Kemper:

—Si es así, entregue su invento a su nación.

—No. Yo soy muy inglés, pero ante todo odio la guerra. Mi invento en manos de cualquier nación podría inspirar a sus gobernantes el deseo de dominar el mundo entero. Yo lograré reunir aquí científicos como yo, y laboraremos para la paz, notificando a todos los Gobiernos que sus armadas, sus flotas aéreas, sus ejércitos, deberán ir suprimiéndose, porque aquel Gobierno que pretenda desencadenar una guerra será paralizado instantáneamente.

Expuso Kemper:

—Oiga, Briggs... Sus planes son dignos de admiración y, sinceramente, así se lo expreso. Pero yo, como ciudadano particular, le manifiesto mi deseo de irme. Además, no comprendo cómo siendo usted el dueño de esta factoría envió negros a cazarnos con

lazo, como si fuéramos alimañas dañinas. Bastaba que Brown...

—Usted no se hace cargo, señor. En el Brasil, las desapariciones en la selva son un hecho tan corriente como los atropellos en Nueva York. Pero hay baqueanos, es decir, individuos especializados en descubrir pistas. Por ejemplo... Pero mejor será exponer las cosas cronológicamente, según sucedieron. Mi colega de Filadelfia me anunció que un termorreactor iba a realizar el vuelo hasta Río de Janeiro, Ignoraba yo que a bordo llevase pasajeros. Cuando vimos caer los paracaidistas, estimamos que era una complicación imprevista. Si les dejábamos en la selva, podían ahogarse, podían ser víctimas de las fieras, y siempre dejan un rastro especial, que los baqueanos saben descubrir. Aunque los restos de ustedes hubiesen sido hallados a muy lejana distancia de esta colina, un baqueano en Manaos o en el mismo Río podría declarar por briznas de hierba, por olores, por la mordedura del veneno, por rastros de tierra, etcétera, el lugar exacto donde hallaron la muerte. Y estos parajes, si, como supongo, son ustedes gente importante, podrían verse invadidos por gente que no considero bien venida. Este motivo fue el que me hizo aconsejar a mi ayudante Brown que fuese a recogerles, sin causarles el menor daño.

—Agradecidos, Briggs. Y ahora, ¿cuándo nos iremos de aquí?

—No he debido explicarme bien. Precisamente, sin más aclaraciones, debían comprender que si he consentido en desvanecer sus posibles temores, explicándoles cuanto sucede, es porque ustedes no pueden regresar al mundo civilizado.

—¡Está usted loco, Briggs! —exclamó Kemper—. ¡Loco de remate!

Impulsivamente, se levantó, abalanzándose.

Se detuvo porque la punta de una lanza mordió su pecho.

Retrocedió, iracundo.

Briggs expuso:

—Ustedes permanecerán aquí. Yo no soy un asesino, aunque no ignoro que la prudencia más elemental aconsejaría eliminarles. Pero no lo haré. Permanecerán aquí, recibirán alimentos, libros, revistas, ropa, camas. En fin, las comodidades posibles. Pero no saldrán para nada.

—Podemos jurar mantener silencio sobre sus descubrimientos, Briggs. Lo haremos —afirmó Kemper.

—No puedo exponer años y años de trabajo y estudio. La desgracia ha querido que viajasen en el tercer termorreactor. Lo siento. Tan contrariado estoy de darles una prisión hospitalaria, como ustedes de verse por largo tiempo encerrados. Hable, Brown.

El hombre del rostro anguloso y pétreo, sin dejar de encañonar con sus dos pistolas, habló incisivamente:

—No deseamos ejercer la menor violencia, pero les advierto que el menor intento de agresión contra alguno de los servidores mulatos que les traerán ropas, alimento y cuanto podamos suministrarles, será reprimido severamente. Nuestra ambición es noble, y no podemos tolerar obstáculos. Den gracias a que el profesor Briggs es un hombre fundamentalmente bueno. Yo soy más fanático. Yo les daría una muerte insensible, gaseando esta cueva. Pero el profesor Briggs no quiere. Quedan advertidos. La menor violencia, supondrá la muerte para quien la ejerza.

Stanley Briggs ya se había marchado.

Los mulatos retrocedieron a la señal de Brown, quien, a su vez, desapareció.

La puerta volvió a quedar cerrada.

Ellas y ellos prorrumpieron en comentarios excitados, incrédulos aún.

—No es posible...

—Tiene que haber algún medio...

—Está loco...

Hasta que Market impuso silencio con su comentario.

—Briggs no está loco. A su modo, cree beneficiar a la Humanidad, y para él, nosotros somos menos importantes que un bacilo. Y Brown ha hablado claramente. Intentar una fuga pondría en peligro nuestras vidas. Tenemos, pues, que conformarnos momentáneamente a esperar.

—¿Esperar qué? ¿Morirnos de consunción aquí dentro?

—No hay mal que cien años dure, Kemper. Peor hubiera sido tener que errar por la selva. Debemos ahora dar gracias por estar con vida, pensando en los dos pilotos, y en la suerte de tantos extraviados en estas selvas que nunca volvieron a la civilización, sufriendo una agonía horrible. Cálense y denle tiempo al tiempo.

Farfulló Kemper:

—Usted es muy fácil de conformar, Márquez. Yo tengo asuntos

en Río, pendientes, por valor de muchos millones.

—Los millones ahora son pura filfa, sin el menor valor.

Se abrió de nuevo la puerta.

Entraron mulatos llevando hamacas, que fueron colgando de las paredes, y unas mantas, que dejaron en el suelo. Sobre la mesa colocaron frutas, carne y un bidón de plástico lleno de agua.

Cerca de la puerta, pistolas empuñadas, vigilaba Brown.

En pocos minutos, los mulatos terminaron de acarrear varios cajones.

La puerta volvió a cerrarse.

En los cajones había utensilios de aseo, libros, en su mayor parte históricos y científicos; telas vegetales, neceser de costura y juego de naipes.

Comentó Lester:

—Si no fuera trágico, sería grotesco.

Compton recogía del suelo las lianas con las que habían sido atados. Tendió varias desde la pared hasta un rincón de la mesa, en cuyo rededor aseguró el otro extremo.

Como una lavandera que tiende ropa, colocó encima de las lianas, dejándolas colgar, varias telas.

—Ayúdame, Gail. Haz lo mismo al otro lado y así tendremos dos compartimentos. Podrán ustedes asearse sin sentir molestias. Dice bien Márquez. Hay que acomodarse ante el hecho consumado. El tiempo dirá.

Manifestó Márquez:

—No hay que desesperar, Kemper. Pueden suceder muchas cosas.

—Dígame una sola, por ejemplo.

—Pues que unos investigadores buscando el origen de la desaparición de los aviones encuentren esta colina.

—Es posible. Bien... Ocupémonos en algo. Cada cual puede construirse un compartimento aislado. No me agrada dormir en grupo como en el cuartel.

En silencio, con pensamientos luchando entre la incredulidad y la forzosa evidencia, los siete fueron formándose unas cabinas aisladas por lianas, telas y cajones, dejando en cada cual la hamaca tendida.

Cenaron a solas. Fue Market el primero en apagar la linterna.

Los demás fueron haciendo lo mismo.

En la total oscuridad, cada cual meditó en su extraño destino.

CAPÍTULO IX

Fueron pasando los días. Todos procuraban no hablar de la situación en que se hallaban.

Y cuando Clifford Market trazó con lápiz la sexta raya sobre las cifras que en la pared le servían de calendario, y se disponía a echarse en la hamaca, se alzó un extremo de la tela.

En su compartimento entró Evelyn Joyce.

—Hola, Evelyn. Cuando salgas de aquí podrás escribir un reportaje sensacional que te hará millonaria.

—He venido para decirte algo muy importante, Carlos.

—Vamos a ello. Siéntate y sírrete un vaso de agua.

—No pierdes el buen humor.

—Es el mejor recurso para aguantar lo que sea.

—¿No has pensado en huir?

—Sí. Constantemente. Pero no veo el modo. Luchar contra la nube de mulatos y las pistolas de Brown es algo que puede intentarse, pero después siempre queda la selva y los indios arará.

—Pero si pudieras huir, ¿lo intentarías?

—Naturalmente.

—Yo soy observadora, porque es elemento necesario en la profesión que elegí.

—Yo supuse que para tu profesión bastaba ser bonita, como lo eres, y amable.

—Esta sala es una cueva natural. No hay ventana. Sólo una puerta cerrada herméticamente. Todos hemos recorrido con las manos centímetro por centímetro las paredes buscando algún orificio. No lo hay.

—Esto ya me lo sé, Evelyn. ¿Dónde quieres ir a parar?

—Sin embargo, respiramos. ¿Cómo?

Market entornó los párpados.

—Cierto. Respiramos. ¿Qué has deducido?

—Por algún sitio ha de entrar el aire. ¡Mira!

Señaló ella el techo abovedado.

No se veía más que roca lisa.

—Allí, precisamente encima de tu compartimento, he visto yo vibrar un pedazo de techo. Y he deducido que hay una tela encubriendo una oquedad que, comunicando con una galería o con el exterior de la cima de la colina, airea esta sala.

—Es verdad. Del suelo a este techo hay cuatro metros como mínimo. Pero con la mesa... Lester y Compton sobre la mesa, y yo encima de ambos, podríamos intentar ver qué pasa allá arriba.

—Eso es.

—Si realmente es como supones, y está allá el respiradero, deberá haber, sin duda alguna, un centinela apostado en el otro lado. Pero se puede intentar. Vamos a probarlo.

Salieron ambos del compartimento.

Llamó Market:

—Vengan todos, por favor.

Salieron de sus compartimentos Kemper, Compton y Lester, acudiendo al centro.

También aparecieron Dalila y Gail.

Explicó Market cuanto acababa de exponer Evelyn.

Manifestó Kemper:

—La idea es buena. Nada se pierde con probar. Vamos a ello. Más vale correr un riesgo que estar aquí, encerrados como fieras. Mi hija está cada día más desesperada... Y me temo que un encierro más prolongado podría producirnos...

—¡A ello, Kemper!

Se encaramaron sobre la mesa Compton y Lester.

Se disponía a izarse sobre ellos Market, cuando la puerta se abrió.

Brown, pistola en mano, dijo:

—Esperaba este intento. Advierto que si vuelven a intentarlo, cerraré el respiradero y se morirán asfixiados.

Kemper, corriendo hacia él, vociferó:

—¡Criminal insensato!

Saltando, Market corrió hacia Kemper, gritándole:

—¡Quieto, hombre, quieto!

Logró contenerle, asiéndole por los codos, cuando ya Brown apuntaba fríamente hacia la frente del millonario.

Dijo el inglés:

—Ya son muchas las contemplaciones que les tengo por orden del profesor Briggs. Procuren no abusar.

Y Brown cerró la puerta.

Cada cual regresó a su compartimento.

Se oyeron los sollozos partiendo de las hamacas de Gail y Dalila.

Crispados los puños, oía Market las imprecaciones furiosas de Kemper desahogándose puerilmente.

No había más remedio que esperar, esperar.

Y presentía que de durar mucho aquella alucinante espera, alguien se volvería loco.

Pensaba en Dalila Kemper.

CAPÍTULO X

La raya dieciséis cruzaba una cifra del calendario junto a la hamaca de Clifford Market, quien dormía profundamente.

En aquellos dieciséis días habían sucedido novedades.

Después del fracasado intento de fuga por la claraboya alta, cuya parte inferior tamizaba el aire a través de una tela vegetal del mismo color que la roca, los dos Kemper no aparecían para nada.

Tanto él como Dalila recogían las comidas y el agua cuando en la mesa no había nadie.

Gail Milford vivía conjuntamente con Compton y Lester.

Evelyn Joyce leía, cosía y comía en compañía de Market.

Una expresión de abandono salvaje iba imprimiéndose en las facciones y aspectos de Compton, Lester y Gail Milford.

Iban semidesnudos, huidizas las miradas.

Cierta noche, acechando al oír pasos quedos, sorprendió Market a través de una rendija de su tela separatoria a Dalila Kemper yendo a recoger la fruta, pescado y carne, así como los dos jarros de agua.

¿Dónde estaba la arrogante damisela del Independence Hall? Era ahora una muchacha desaseada, con ojos de incipiente locura, de caminar felino.

Market se durmió, sumiéndose en pesadilla de sopor.

Algo le despertó.

Todo estaba en tinieblas. El sentía oscuramente una presencia humana aproximándose.

Algo se movía, pero no en sentido horizontal. No procedía del exterior ni de la mesa.

Sus ojos, acostumbrándose a la oscuridad, vieron que algo largo

oscilaba suavemente bajando del techo.

Incorporándose, sintió un frío sudor bañarle las sienes.

Pensaba en la anaconda, las boas o algún monstruo ignoto.

Crispó los puños. Y de pronto, se distendió en relajación muscular.

Una liana colgaba del respiradero. Por la liana iba descendiendo ágilmente un cuerpo esbelto, ambarino, tostado por el sol, pero de piel blanca natural.

Una mujer.

Llevaba los pies desnudos, así como las piernas. Un faldellín de fibras vegetales y un breve sujetador del mismo tejido componían toda su vestimenta.

Sus cabellos eran larguísimos, llegándole negreantes hasta las corvas.

Sus ojos relucían cuando al pisar el suelo aplicó sobre sus labios un índice conminando al silencio.

Señaló la liana.

En torno, todos dormían.

Volvió ella a trepar hacia arriba.

Sin pedir explicaciones, Market se asió de la liana.

Fue subiendo lentamente a fuerza de pulso, para no hacer ruido, asiéndose con las piernas, como un colegial iniciándose en el primer ejercicio gimnástico.

Su cabeza llegó al respiradero, donde habían apartado la tela.

Maquinalmente miró su reloj fosforescente, del que nunca se separaba. Marcaba unos minutos pasando de las dos de la madrugada.

Emergió de hombros, y apoyándose en las manos, se izó hasta quedar sentado.

Miró en rededor, cerrando los ojos porque le cegaba el intenso resplandor lunar. Volvió a abrirlos.

Estaban en la cúspide de la colina, en el centro de un claro del bosque. A tres pasos yacía un mulato, amordazado y atado.

La mujer misteriosa hizo una señal elocuente y él acudió junto al tronco donde ella se reclinaba.

A la claridad lunar la pudo detallar bien.

Sus ojos eran tan intensamente negros como su larga melena. Los rasgos faciales eran finos, la boca firme y de natural rojez; los

dientes, muy blancos; los miembros, esbeltos, pero prietamente modelados.

No tendría más allá de unos veinticinco años.

Ella susurró en un inglés muy defectuoso:

—El centinela no ser relevado hasta seis madrugada. Yo ser portuguesa. Llámame Irasema da Cunha.

—¿Habla español?

—¡Oh, sí, gracias! Mejor así. Usted quiere huir, sus compañeros quieren huir, y yo también.

—Pero, ¿y Brown?

Sonrió ella aviesamente, casi con malignidad.

—Duerme. Mucho.

—¿Briggs?

—También.

—¿Los mulatos?

—Sólo a las seis vendrá uno aquí.

—Ya nada me extraña... Dime, Irasema, ¿quién eres tú, qué haces aquí, por qué viniste a buscarme?

—Yo sola no podría huir. Mi historia podrá parecerte algo rara, pero sus principios fueron narrados en toda la Prensa brasileña.

Lo que relató Irasema da Cunha era en sus principios un hecho banal en Brasil, tal como había mencionado el profesor Stanley Briggs.

La Prensa publicó solamente una breve gacetilla un día de enero de aquel mismo año.

La gacetilla decía escuetamente:

«Tres personas, dos hombres y una mujer, que se aventuraron por la selva occidental, en la región del Coarí, han desaparecido.»

Aquella noticia era por aquellas latitudes un hecho tan corriente como en París un ahogado en el Sena.

Tres líneas en los periódicos, y el suceso quedaba olvidado.

Fue olvidado hasta que los cadáveres de dos hombres fueron hallados en las márgenes del Coarí, acribillados a flechas.

Entonces, los periódicos anunciaron:

«Se hacen toda clase de conjeturas y cábalas sobre la suerte que haya podido correr Irasema da Cunha, institutriz de Belem, que acompañaba a ambos expedicionarios.»

Perteneciendo a una de las mejores familias de Belem, importante centro industrial del Brasil norteño, Irasema tenía veinte años cuando al acabar sus estudios se enamoró.

El noviazgo fue corto, y también la vida conyugal. Un mes después de su boda, se quedaba viuda, al fallecer su marido en accidente de tráfico.

Romántica y profundamente enamorada, en otro siglo, Irasema se hubiese enclaustrado en un convento. Prefirió buscar el posible olvido en la explotación de una *fazenda* en los límites de la gran selva.

Durante tres años se dedicó a la educación de los hijos de los *seringueiros*, los plantadores de hevea. Pero juzgaba que estaba aún demasiado cerca de la civilización.

Escribió a sus padres:

«Voy a intentar entrar en contacto con las tribus de indios arará, para darles instrucción y mejorar su estado de vida.»

No la tomaron en serio.

Consideraban que Irasema podía continuar inconsolable por la muerte de su esposo, pero no hasta el punto de que pensase suicidarse de aquella manera.

Los indios ararás no gozaban de buena reputación.

La única cosa que de ellos se sabía con certeza era que formaban una pequeña tribu, extremadamente belicosa.

Para ellos era un imperativo de pundonor el matar a los escasos blancos que se extraviasen por sus contornos, y también a los indios de otras tribus que pretendiesen acampar cerca de sus chozas.

Siguió explicando tranquilamente la viuda de Belem:

—Yo iba acompañada por dos exploradores. De pronto cayeron acribillados por flechas. Los ararás surgieron y yo me desmayé. Los ararás no matan a los niños ni a las mujeres jóvenes, porque no les temen. Después de haberme capturado, me condujeron a una choza y me abandonaron allá dentro, con los tobillos atados. No me molestaron. De vez en cuando me traían un hervido de maíz,

pescado quemado sobre piedras y carne asada. Platos que serían gustosos, si las cocineras ararás utilizasen sal, pero éste es un condimento desconocido para ellas.

Siguió explicando que al cabo de unos días, impaciente ya, se quitó las ligaduras y salió de la choza.

Nadie demostró la menor extrañeza y la dejaron ocuparse en pequeños quehaceres, ayudando a las mujeres de la tribu. Y así empezó a convivir con ellas.

Pudo ir aprendiendo el dialecto arará. Y pudo enseñarles, por ejemplo, que sus métodos de trabajo no eran adecuados, por lo que a la siembra se refería.

Contentábanse con esparcir las semillas al azar y esperar que la naturaleza hiciera el resto, con lo cual aquello resultaba un paraíso de banquetes para las aves.

A regañadientes siguieron sus instrucciones, abriendo surcos y cubriéndolos con tierra, una vez esparcida la semilla. A los tres meses, la espléndida cosecha de maíz hizo que los ararás considerasen genial a la mujer blanca.

Y la admiración se convirtió en delirio de entusiasmo y veneración, cuando gracias al *crawl* que practicaba en Belem, Irasema da Cunha ganó en el río a los mejores nadadores de la tribu.

Los ararás empezaron a llamarla Taxua Yara, la diosa de las aguas.

—Eran buena gente. Los educaba, y comprobé que, por razón innata, eran básicamente buenos. Llegué a comprender que más les valía seguir en su primitivismo.

—Hablas de ellos en pasado.

Cerró ella los ojos en crispación facial, como dolorida al evocar.

—La tribu se componía de unos cien seres. Un día, hace dos meses, nadando a solas, vi de pronto a un blanco que me miraba con ojos de codicia. Pretendía huir, pero él me cogió entre sus brazos. Era James Brown.

—Le conozco un poco.

—Los ararás acudieron y yo no comprendí lo que sucedió. James Brown iba a bordo de una canoa de motor, donde a sus cuatro costados había un aparato que parecía un reflector. Tras ellos había mulatos. Cuando los ararás, oyendo mis gritos, llegaron, los

reflectores les iluminaron en plena noche. Se quedaron como fulminados por un rayo repentino. No podían moverse.

Y así estaban, inmóviles, mientras James Brown reía, sin maldad, satisfecho, como el hombre que aplica un bálsamo.

Suspiró ella.

—Me llevó en su canoa. Me explicó que los ararás no podrían moverse antes del amanecer. Yo grité y supliqué, diciéndole que supondría la muerte para ellos, porque de noche, inmóviles en la selva, morirían atacados por las ñeras y reptiles. Volví a desmayarme, agotada. Cuando recobré el sentido, estaba en una cueva parecida, aunque menor, a la tuya. James Brown me dijo que estaba solo, que necesitaba mujer, que nos casaríamos...

Cerró ella de nuevo los ojos.

—No tuve más remedio que aceptar mi nueva suerte.

Y poco a poco, él creyó en mi amor. Cogió confianza. Yo vi los tres aviones aterrizar en aquella explanada. Supe que había siete blancos prisioneros. Dije que habían tenido suerte al escapar para siempre a la civilización. Brown y Briggs son dos fanáticos que me creyeron discípula admirativa. Esta noche, cenando con ellos dos, les puse adormidera en sus bebidas. Y ahora, ya lo sabes todo.

—Dime cuántos mulatos hay.

—Veinte, durmiendo en la orilla. Otros tantos, en la pista de los tres aviones. En aquel almacén, treinta.

—¿Armas?

—En la choza de Brown hay las que les recogieron a ustedes. Pero yo confío en ti, y no quiero que mueran ni Brown ni Briggs.

—Los reflectores que paralizan, ¿dónde están?

—En la canoa motora. Es muy veloz. Con ella, los mulatos y Brown van a los poblados. Puede llegar hasta Belem o Río. Es anfibia y sus ruedas sirven para salvar los trechos donde hay rápidos, remolinos y cataratas.

—¿Cuántos vigilan la canoa?

—Ahora, dos mulatos adormilados.

—¿Podemos llegar hasta la choza de Brown?

—Fácilmente.

—Guíame.

Ella se levantó, deslizando su mano en la diestra de Market.

Dijo, sonriente:

—Tuve confianza en ti. La otra noche, al verte, comprendí que eres de otra clase. Se nota en ti la audacia del hombre de acción.

Iban descendiendo por entre árboles, hasta que llegaron a un *bungalow* con galerías y telas metálicas.

En una hamaca, James Brown dormía profundamente.

Buscó Market hasta hallar lianas. Procedió a atar sólidamente al dormido.

Entrando en la otra sala vio colgando de la pared su pistola y las de Compton y Lester.

Fue colocando en su cinto las tres armas con sus largos cargadores y su tubo silenciador.

Recogiendo el rifle de Brown, procedió a vaciar los cargadores de las dos pistolas que el narcotizado llevaba al cinto.

Después preguntó:

—¿Y Briggs?

—En aquel *bungalow*.

—Después me ocuparé de él. Vayamos ahora a la canoa.

Ella fue precediéndole hasta que fue perceptible el rumor del río.

La luna iluminaba la canoa, en cuya cubierta había dos mulatos durmiendo en sus hamacas. En la orilla, otros dormían en sus respectivas hamacas. Había fogatas formando una barrera defensiva.

Quitóse Market las botas. Y desnudos los pies, indicó por señas a la brasileña que se quedase donde estaba.

Codos y rodillas sobre la arena, fue deslizándose hasta llegar a la pasarela que daba acceso a la larga canoa, semejante a un pequeño yate. Divisó los cuatro reflectores.

A proa, popa, babor y estribor, alzaban sus redondas estructuras.

Aproximóse a una hamaca. Pegó un culatazo en la sien de un mulato, saltando a la otra hamaca, para repetir el mismo gesto contundente.

En la orilla, un mulato se removió inquieto.

Corrió Market a parapetarse tras un reflector. Fue examinando los distintos accesorios, hasta encontrar la manivela con dos pulsadores.

Dirigió el redondo lente, de medio metro de radio, hacia las veinte hamacas de la orilla. Apretó los dos pulsadores.

Un haz luminoso, azul, silencioso, recorrió las veinte hamacas. Después silueteó a los dos yacentes en la canoa.

Dejó de apretar manivela y pulsadores. Cesó la luz azul.

Saltando a la orilla se detuvo a dos pasos de una hamaca.

Llamó:

—¡Eh, tú, compadre!

No se movió el interpelado.

Market sentía la euforia del triunfo.

Regresó adonde esperaba Irasema da Cunha.

—Libertaré ahora a mis compañeros. Con ellos podré transportar estos reflectores hasta los otros dos lugares donde hay mulatos. Tú te quedas aquí mientras, Irasema.

Corrió hacia la cumbre.

Poco después bajaba aceleradamente por la claraboya, liana abajo.

Llamó:

—¡Kemper, Compton, Lester! ¡En pie todos! Despierten y vengan. No pregunten ahora. Vamos a huir. Tenemos ya los medios de escapar.

CAPÍTULO XI

Gruñidos, despezos, encender de linternas, y por fin, Ronald Kemper exclamaba:

—¿Se ha vuelto loco, Márquez?

Market derribaba las telas, sacudía a los durmientes, excitado, gozoso.

—Tomad vuestras armas, Compton, Lester. Por esta liana subiremos arriba. Después regresaremos a por Kemper y las mujeres. ¡Estamos libres! No pregunten ahora. Hay que actuar de prisa. ¡Vamos, seguidme, Compton y Lester!

En su alegría, antes de asir la liana, Market besó en la mejilla a Evelyn. Muy cerca de la boca, al ella mover algo la cara.

Ascendió Market por la liana, y detrás, enfebrecidos, siguieron Compton y Lester.

Desde lo alto, advirtió Market:

—Quédese con las mujeres, Kemper. En seguida les izaremos. No salgan, porque podrían correr peligro.

Atrajo hacia arriba la liana, que enrolló alrededor del respiradero.

—A la canoa, amigos. Paralicé ya a los centinelas mulatos. Pero quedan aún cincuenta allá al otro lado. Tenemos que transportar los reflectores. Con dos bastarán.

Tienen la base atornillada en cureñas sobre la cubierta de la canoa.

Los dos pistoleros seguían corriendo.

No entendían nada de lo que hablaba Market, pero eran libres.

Market, al llegar a la orilla, saltó a bordo de la canoa.

Los mulatos yacían inmóviles en sus hamacas. Agachado, Market empezó a estudiar los pivotes de las bases e los reflectores.

Apareció Irasema da Cunha.

Dijo:

—No es preciso desmontar estos reflectores. Con la canoa puedes llegar tras la colina, donde están los otros. —Pero el ruido del motor...

—Les hará salir creyendo que es Brown el que viene.

—¡Subid!

Compton subió seguido por Lester, que dijo:

—Buena canoa, Márquez. Puedo conducirla.

—Instálate, pues, al volante. Tú, Compton, quédate en la cabina con la señorita, gracias a la cual nos hemos salvado.

—¿Y Brown y el otro?

—Luego os diré.

Roncó el motor. Ninguno de los mulatos se movió. Expuso Irasema:

—Hacia aquel punto. Yo les indicaré dónde están los hangares.

Tras el reflector de estribor, veía Market desfilas la orilla.

Apenas giraron la curva del río, vieron la explanada con los tres aviones termorreactores.

Y dos caserones de los que surgían mulatos, despertados por el motor de la poderosa canoa anfibia. Conminó Market:

—Vosotros des, no disparéis. Dejadme hacer a mí.

Cuando la canoa estaba rozando la orilla, proyectó Market el haz azul. El resplandor recorrió veloz a los iluminados mulatos, que fueron adquiriendo una completa inmovilidad, como de estatuas petrificadas.

Asombrado, exclamó Compton:

—¡Cristo! ¡Es increíble si no lo viese!

—Vira, Lester, vira —ordenó Market.

En el río, la canoa trazó su viraje entre espumas en penachos.

Suavemente, más que hablar, meditó Compton en voz alta:

—Este invento vale millones.

—¡Cientos de millones! —gritó Lester, enardecido.

La canoa llegaba al sitio donde estaban también las lanchas de los mulatos.

Al cesar el ruido del motor, ya detenido, gritó Irasema:

—¡Cuidado!

Dejóse caer al suelo Market.

Una ráfaga de balazos fue crepitando, haciendo saltar en pedazos los gruesos cristales de los reflectores.

Gritó Market:

—¡Al agua, Irasema!

Parapetado tras una canoa en tierra, alzaba Briggs una mano.

Empuñaba una granada de tipo alemán, cuyo mango estaba ya en posición de lanzamiento.

—¡Dispara, Gavin! —chilló Lester.

Gavin Compton apuntó hacia el brazo del profesor.

A la vez saltaba por la borda al agua la portuguesa, mientras Market y Lester lo hacían por la banda de la orilla.

Disparó Compton, atinando en el brazo a Briggs, pero éste ya había lanzado la granada.

Corrió Compton a proa, saltando al agua de pies.

Una enorme explosión levantó el agua, zarandeando el viento, y la canoa se hizo pedazos por los aires, retumbando fragorosa la explosión de la bomba de mano.

La onda explosiva, en su expansión, arrojó de bruces & los tres hombres contra la arena.

En pie, Stanley Briggs corría floresta arriba.

Recuperándose, exclamó Lester:

—¡Ahí va! ¡Mátale, Compton! Hay que...

Corría ya Market tras la fugitiva silueta de Briggs, que acababa de penetrar en una galería.

Le oyó gritar antes de desaparecer:

—¡Nadie poseerá mi rayo azul!

Cuando llegaba Market a la entrada, un fogonazo le hizo tenderse en el suelo, boca abajo, cubriéndose la cabeza con los antebrazos.

Una explosión retumbante derrumbó la galería.

CAPÍTULO XII

Cuando el polvo cesó de revolotear y el ruido estruendoso se aplacó, propagado por el eco, se levantó Market.

Comprendía.

Stanley Briggs había provocado la explosión, destruyendo los aparatos que dominaban los motores de avión, igual como había destruido sus reflectores paralizantes.

Posiblemente, la dormidera vertida por Irasema, o bien no había influido en Briggs, o éste no había bebido.

Sentía lástima por la muerte del profesor Briggs.

A su lado, preguntaba Compton:

—¿Qué sucedió?

—Destruyó todo lo que valía estos cientos de millones que decía Lester. Vete a sacar de la cueva a los demás, Lester.

—Un momento. ¿Y los mulatos?

—Estarán paralizados horas y horas. Hundiremos sus canoas, reservándonos solamente tres. Con ellas remontaremos el Juruá hasta Manaos. Vete a tranquilizar a los demás.

—Pero, ¿nos vamos a resignar a perder millones? ¿Qué pasa con Brown?

—Está narcotizado.

—Espléndido.

—¿Por qué?

—Es el ayudante de este chiflado que se acaba de desmenuzar por los aires con sus endemoniados aparatos. Brown nos dirá las fórmulas de fabricación, ¿verdad, Compton?

—No hablará.

—¡Vaya necedad, Márquez! Conozco yo medios para hacer hablar a un mudo, ¿verdad, Compton? Basta unas gotas cíe licor en las pupilas; por ejemplo, un poco de *pippermint*.

Atajó duramente Market:

—No habrá necesidad de tormentos, Lester. Si Brown quiere, hablará. Vamos a verle.

Cuando llegaron junto a la hamaca, un furor indescriptible sacudió a Dude Lester.

Agitando los puños ante Market, dijo, agresivo:

—¡Lo mataste, imbécil!

Conminó Compton:

—Cálmate, Lester. No fue Márquez, sino Briggs. Cuando vio que estábamos en la canoa, sólo pensó en salvar sus descubrimientos, y a su modo de pensar, salvarlos suponía destruirlos. Y también tenía que destruir a Brown. Mala suerte.

Chorreante, salía del agua Irasema da Cunha.

—Vete a sacar a los otros, Lester. Mientras, Márquez y yo hundiremos las canoas para evitar que, al volver a su normalidad, los mulatos nos persigan. Habrá también que dar suelta a los caballos. Nos llevaremos algunos con nosotros, ¿no, Márquez?

Dude Lester se alejaba, imprecando en voz baja. Acababa de ver esfumarse millones.

Tres canoas quedaron a flote mientras las otras se hundían. Eran largas de quilla y provistas de una recia lona. Daban cabida a diez personas, teniendo un toldo pajizo en el centro a manera de cabina.

Comentó Market:

—Cargaremos provisiones a bordo, y antes de dos días llegaremos a Fonte Boa, de donde cualquier barco nos llevará a Manaos, y de allí, en avión, a Río.

En la orilla, durante unos minutos, tuvo que estar explicando a Kemper y las tres mujeres lo sucedido. Presentó a la portuguesa, artífice de su liberación.

Estremecido de satisfacción, rió Kemper, complacido.

—¡Bravo, Ira! Le firmaré un cheque por medio millón. El otro medio, para Márquez, que llevó bien las cosas.

Ceñudo, objetó Lester:

—Si salgo yo, hubiese cogido los inventos.

—O Briggs le hubiese inutilizado.

—Briggs se debió despertar cuando pusimos en marcha el motor.

—¿Por qué no lo paralizó con su otro aparato?

—No tenía tiempo. Corría riesgos.

Sollozante, apremiaba Dalila:

—Vámonos, padre. Esto es horrible. Aquellos negros durmiendo... ¡Vámonos!

Cogiendo el rifle que le tendía Market, dijo el millonario:

—Ya no hay miedo ahora, Dal. Distribuya a la gente como quiera, Márquez. Usted es el organizador y le obedeceremos. En el río y con estas armas, no hay fiera ni indio que nos ataque,

Irasema había aceptado el vestido que le ofreció Evelyn. Ayudadas por Lester y Kemper, habían ido a los aviones, recogiendo los equipajes, que ahora cargaban en las tres lanchas.

Instintivamente, Irasema y Evelyn se colocaron a cada lado de Market, mientras Gail Milford se adhería al costado de Compton.

Dijo Market:

—En la primera lancha iré con Evelyn e Irasema. Usted, Kemper, con su hija y Lester para maniobrar, en la del centro.

Desdeñoso, rebatió Lester:

—Yo voy con Compton y Gail. Aquí sobra una lancha. La podemos llevar a remolque. Mete en tu lancha a los Kemper.

—Por mí, encantado —aprobó Kemper—. Iremos mejor en su compañía, Márquez. Le ayudaré en la maniobra.

—Bien, como quieras. ¿Qué haces, Lester?

Rabioso, Dude Lester aplicaba el cañón de su pistola sobre la sien de James Brown, muerto, en la hamaca.

Disparó varias veces consecutivas.

Bramó Kemper:

—¡Esto era bestialmente innecesario!

—Cállese, viejo, o le zumbo —gruñó Lester—. Hemos perdido millones y días de vida por culpa de esta pareja de imbéciles soñadores.

Ordenó Compton:

—Calla, Lester, y sube a bordo. Te estás portando como un gamberro sin seso. ¡Anda, a bordo! Y tú también, Gail. ¿Vamos delante o tras tuyo, Márquez?

—Atrás.

Fueron subiendo a las dos lanchas. El curso del río seguía en

deriva hacia el Norte. No hacía falta tender la lona si no soplaba viento. El propio curso líquido remontaba el Juruá.

Las dos lanchas, a favor de la brisa, se alejaron de 3o que había sido el dominio del profesor Briggs.

Market había tardado en regresar, mientras los demás se acomodaban en las lanchas.

Había ido a la pista de aterrizaje, donde prendió fuego a los tres aviones, rociando con la gasolina restante los motores.

No podía pilotar ninguno de ellos, ya que en aquel corto trecho, para despegar hubiese precisado catapulta de lanzamiento.

El resplandor del incendio fulgió cuando ya las lanchas estaban lejos.

Junto a Market, indagó Kemper:

—¿Qué sucede?

Bajo el toldo estaban las tres mujeres.

—Prendí fuego a los tres motores.

—Bien hecho, muchacho. Oiga, usted es un tío muy simpático, con una cabeza muy despejada. Piensa en todo. Allí dentro fue el único que se comportó como un ser humano. Los demás nos íbamos convirtiendo en bestias.

—Usted, no. Usted estaba solamente preocupado por su hija.

—Temía que perdiera la razón. La pobre está mal acostumbrada. Demasiado consentida. Ser hija de millonario no es sano en los casos de apuro. Me gustaría que usted hiciera buenas migas con Dal. Un yerno como usted, me encantaría, en vez de los lechuguinos de costumbre. Duerma, muchacho, que yo atenderé al timón.

Tendióse Market. Iba evocando los recientes sucesos.

Y de pronto, se incorporó. La linterna iluminaba su semblante, crispado, lívido, de labios trémulos.

—¿Qué lo pasa, muchacho?

—Nada. Un sobresalto nervioso.

—Natural. Después de lo ocurrido... Descanse tranquilo, muchacho.

Volvió a tenderse Market.

Pensaba nuevamente en una frase y un gesto de Dude Lester.

La frase con referencia a que James Brown no revelaría su secreto:

«Conozco yo medios para hacer hablar a un muerto, ¿verdad,

Compton? Unas gotas de licor en las pupilas. Por ejemplo, un poco de *pippermint*...»

Y aquellos cuatro balazos singulares en la sien del cadáver de James Brown.

CAPÍTULO XIII

Dude Lester murmuró:

—¿Y ahora, qué, Compton?

—¿Qué de qué?

—Pronto vamos a llegar a Fonte Boa, según este plano. Cogemos barco para Manaos, y de allí, en avión. Nuestro plan era secuestrar en Río a Dalila y decirle al viejo que nos largase unos millones. ¿Para qué vamos a esperar ahora a llegar a Río?

—Esta noche nos encontraremos a unos cien kilómetros de Fonte Boa. Será el momento. Te quedarás con Dalila, y yo iré con el viejo, que cuando me entregue los tres millones...

—No.

—¿No, por qué?

—Recuerdo perfectamente a los siete que quitamos de en medio. Gail Milford abrió los ojos, sorprendida.

Miró a los dos. Gavin Compton forzó una risa entre dientes.

—Tonterías, Dude. Tú no eres la clase de aquellos necios.

—Por esto mismo desconfío. Te irías con el viejo y nos dejarías aquí, largándote con los tres millones. Las cosas claras, Compton. Igual que te cargaste a los siete del atraco...

—Cállate ya, estúpido —bisbiseó Compton.

Gail les miró de nuevo.

—¿De qué estáis hablando?

—Hay que arreglar este asunto sin fallos, Compton. Tumbo a Márquez esta noche, porque podría entrometerse, y dejo a las chicas atadas. Gail te quiere. Se va con el viejo y ambos volverán. Seguro que sí. Ella, porque te quiere, y el viejo, porque quiere a su hija.

—De acuerdo. Pretextaremos una avería, atracaremos junto a la orilla, y después proponemos el asunto. Tú, Gail, irás con el viejo a recoger el dinero y volveréis a Fonte Boa. En seguida que tengamos los millones nos iremos hacia el Perú, desde donde será fácil esfumarnos camino de Australia y las islas.

En la lancha que remontaba el río a unos cien metros delante, el sol batía de pleno la cubierta.

Kemper y Market se protegían bajo la misma lona tensa.

—Oiga, Carlos, desde anoche le noto a usted raro, inquieto. Precisamente ahora que vamos de regreso a la civilización.

—¿Hace tiempo que conoce a Compton y a Lester?

—No. Fue Gail quien me los presentó a bordo del avión. A ella sí que la conozco de hace años. ¿Por qué?

—Tal vez pronto se lo podré aclarar.

Atardecía cuando de la lancha de atrás partieron voces.

—Recoja la lona, Kemper. Parece que les pasa algo.

Compton hacía señales mientras Lester arrimaba la lancha a la orilla. Saltó a tierra Compton, acudiendo hacia la lancha donde ya maniobraban Market y Kemper, al igual que acababa de hacer Lester.

Manifestó Compton:

—Hemos rozado algo. Entra agua. ¿Puedes ayudar, Márquez?

—Es posible. Voy a ver.

Saltó a tierra, encaminándose hacia la otra lancha.

Compton, subiendo a bordo, se dirigió hacia Kemper.

—No se mueva por lo que más quiera, Kemper. No crea que me ha dado la insolación. Estoy arruinado, y mis socios y yo necesitamos tres millones. Usted nos los va a dar. Permanezca muy quieto porque correría peligro su amadísima Dal.

Mientras, Market se aproximaba a la otra lancha.

—¿Qué sucede, Lester?

—Vía de agua. Sube.

En el interior del toldo de cañizo, Gail temblaba, nerviosamente.

Market subió a bordo.

—Creo que el rasguño está a babor. Mira tú misma

—No veo la vía de agua por ningún lado, Lester.

—Porque achicamos. ¡Mira, hombre!

—Me sobra con verte a ti, Lester. Tienes ojos poco viriles, pese a

toda tu estatura y músculos. Ojos de mujerzuela traidora. No me gustaste desde el primer momento.

Rió Lester, falsamente jovial.

—Tampoco me gustas tú. Prefiero a Gail.

—Quiero darte recuerdos de alguien muy íntimo. Recuerdos del agente Patric Market.

Dude Lester palideció intensamente, dilatados los ojos. Fue evidente su sobresalto.

Y en aquel mismo instante tuvo conciencia Market de que se hallaba ante el asesino de su hermano.

Sus dos certeros puñetazos sorprendieron al que quería sorprenderle. Alcanzado en yugular y plexo, cayó pesadamente Lester.

Gail Milford se había deslizado, asiendo una cabilla forrada de fibra. Y apenas hubo golpeado Market, alzó ella desde atrás la cabilla.

Su golpe nervioso, repetido, en la base de la nuca de Market, le privó del sentido.

Desde la otra lancha, saltaba a tierra Compton, conseguida su finalidad. Kemper, atado, al igual que las tres mujeres, y recogidas las armas.

Oyó gritar a Gail:

—¡No, Lester, no!

Corrió ágilmente Compton, llegando a tiempo para coger la muñeca armada de Lester, cuya pistola encañonaba la sien de Márquez, atado en el suelo.

—Quieto, Dude. ¿Qué diablos te pasa ahora?

—Este tipo es un agente de policía. Me habló de Market. Se metió en el avión para seguimos.

—Absurdo. Si supiera que somos sus asesinos, nos hubiese arrestado en el aeropuerto.

—Me dijo: «Recuerdos del agente Patric Market...» Claro, me dejó sorprendido, y el tío me arreó dos puñetazos. ¡Deja que le acribille!

—Todo a su debido tiempo, Dude. Vete a la otra lancha a vigilar al viejo y a las mujeres, mientras yo atiendo a este fulano.

En el suelo de la lancha, continuaba Market con los ojos cerrados. Había oído: «Si supiera que somos sus asesinos...»

Oyó alejarse los pasos de Lester. Fingió entonces recuperar el sentido, tratando de dominar su íntimo furor. Sacudió la cabeza, abriendo los ojos.

—¿Qué pasó?

—Oye, seas quien seas, ¿por qué golpeaste a Lester?

—Porque no había vía de agua. Era una cochina trampa. ¿Por qué estoy atado?

—¿A santo de qué le hablaste del agente Patric Market a Lester?

—Era un conocido mío. Sé que lo mató Lester. El propio Market me dijo que Lester era un tipo de cuidado. Cuando Patric apareció en las cloacas, me dije que ya sabía quién era su asesino.

—¿Por qué no lo dijiste a la policía?

—No hacemos buenos migas. Seguí los pasos de Lester y le vi meterse en la compañía Longway. Pensé que en Bio, él y yo podríamos entablar algún negocio.

—¿Chantaje?

—Algo parecido.

—Eres muy listo, Márquez, pero a otro perro con ese hueso.

—¿Qué hueso?

—Esperas ganarte mi confianza y que te liberte, ¿no?

—Yo lo único que quiero es dinero. Y tenía también necesidad de largarme de Filadelfia.

—¿Por qué golpeaste a Lester?

—Tengo el genio pronto y este tipo no me agrada. Como sabía que me guardaba rencor, pensé que se disponía a darme una paliza con el truco de la vía de agua, y me anticipé. Después, algo me cayó sobre la cabeza y no recuerdo más.

Llamó Compton:

—¡Gail!

Vino ella presurosa, mientras Compton comprobaba la solidez de las lianas que rodeaban las manos a la espalda y a los tobillos de Market.

—Ojo con éste. Si pretende pasarse de listo, llámame. Luego seguiremos charlando, tío listo.

Poco después llegaba Compton junto a Kemper, que vociferó:

—¡Están locos, maldición!

—Explícale el asunto, Compton. Esperé a que vinieses tú.

—Usted, Kemper, irá con Gail a Fonte Boa. Regresará con un

maletín con tres millones en bruto, de oro. Una operación que puede realizar en Río. Naturalmente, si vuelve con la policía o intenta cualquier artimaña, lo pagará Dalila. El negocio es claro. Tres millones en lingotes, o mataré a Dalila. No es preciso que me insulte... Nada le ocurrirá a Dalila, siempre y cuando traiga los tres millones en lingotes, regresando con Gail aquí mismo. Marque en el plano. Quítale las amarras, Lester.

Obedeció su socio. Prosiguió Compton:

—Aquí quedan los demás bien custodiados. Al menor síntoma de algo raro, mataré a Dalila. Compréndalo, Kemper. Necesito solamente dinero. No quiero muertes inútiles. Usted es un financiero. Compra la vida y libertad por tres millones. Es barato. No discuta. Irá con Gail en aquella lancha. Si cree que la justicia terrena debe castigarme, expondrá la vida de su hija.

—¡Volveré con sus tres millones, Compton! Quiero demasiado a mi hija para cometer imprudencias. Pero le juro que algún día la justicia se hará cargo de usted. ¿Y qué pasa con Márquez?

—No me conviene tenerle libre. Es demasiado agudo. Y no está refrenado por instintos paternos.

En pie ya, Kemper miró hacia la toldilla.

—Ningún daño a ellas, Compton, o le juro que....

—No se alarme. Nada les pasará. Es un puro y simple negocio. Después, cuando traiga los tres millones, bastará que me acompañe a la frontera. Y cada cual a su destino. Vamos a la otra lancha, Kemper.

El millonario sonrió hacia su hija.

—Animo, Dal. Es un negocio. Nada ocurrirá. No tardaré.

En la otra lancha, Kemper miró a Market, que era sacado fuera por Lester.

En la orilla, asiendo un remo, anunció Compton:

—Ahora le empujo. Y buen viaje.

—¡Gavin! —gritó Gail—. Yo no voy, yo no voy... Que vaya Lester. Déjame contigo...

—Vas con él, Gail. Todo saldrá bien.

Empujó con su remo. La lancha, cuya ancla levantaba Kemper, se bamboleó. Tensó Kemper la lona, y maniobrando en el timón, remontó el río.

En la playa, Compton tocó con el pie a Market.

—Vamos a ver, tú. ¿Qué buscabas en el avión donde íbamos?

—Yo no sabía que tú eras socio de Lester. Sólo quería chantajear a éste en Río.

—¡Déjame que le acribille, Compton!

—Estás demasiado nervioso, Dude. Habrá tiempo para resolver todo. Vete a bordo a vigilar a las chicas.

—Vamos allá. No me gusta estar aquí en tierra. Hay fieras.

—Cóglele por los pies, Dude.

Inclinóse Lester.

La diestra de Compton, rodeando la culata, se alzó, asestando con fuerza un golpe en la sien del inclinado.

Cayó Lester de bruces.

Compton aplicó en la sien del caído la boca del silenciador.

Disparó cuatro veces. Cada estremecimiento de Lester provocó en Market un sobresalto de repulsión y furor.

Apenas se evaporaron las columnillas de humo, comentó Compton:

—Se iba poniendo algo molesto. Contigo sí que no sé qué hacer, Márquez.

—Puedo ayudarte.

—No necesito ayudantes. Oye..., Carlos Márquez tiene iniciales de Clifford Market, ¿no?

—¿Y qué? Se llamaba Patric y no Clifford.

—Escucha, tú. Es triste, pero le cogí amistad a Patric. Me habló de un hermano suyo llamado Clifford. Un talento. No dijo mucho más. Yo le apreciaba a Patric, pero descubrió que fui yo el del atraco al North Bank. ¿Comprendes? Era él o yo. No cabía duda.

—No tengo nada que ver...

—Tú eres Clifford Market. Pero no comprendo por qué no nos hiciste detener allá en Filadelfia. Esto sí que es un misterio.

—Nadie sabe allá nada, ni yo iba a detener a nadie.

—Basta ya de mentir. No tengo por qué matarte, Market. Me gustaría saber cómo...

—La selva susurra, Compton. Si nos quedamos aquí, alguna ñera puede destrozarnos.

—Te ayudaré a ponerte en pie. La selva susurra, como dices, pero ya me he acostumbrado.

Trabajosamente, se sostuvo Market en pie, asido por la ligadura

de sus muñecas. Le llevó Compton a empujones hasta la cubierta de la lancha.

Se aproximó Compton al toldo.

—Así me gusta. Quietas las tres. No os pasará nada. Valéis caro, al menos tú, Dalila. Y en cuanto a vosotras dos, cuando llegue el momento, ya os haré cerrar la boca. ¡No intentes escapar, Evelyn, o te rompo la cabeza!

Se dirigió hacia Market, tendido en el suelo.

—Tu hermano me llamó anormal, Clifford.

—La selva susurra, Compton. Pueden venir indios... Estás solo. Yo podría ayudarte.

—A otro perro con ese hueso.

—No debiste matar a Lester. Te privaste de un buen centinela.

—Al que debo matar es a ti, Market. No puedo estar vigilándote, y a la vez echando vistazos a la ribera y al río. Reza lo que sepas, Market.

Tres disparos rasgaron la noche, secos, restallantes. Y sobre cubierta, un hombre quedó inmóvil muerto.

* * *

Kemper maniobraba ceñudo. Gail Milford susurró:

—Perdóname, Kemper. Yo amo a Compton y éste necesitaba dinero.

—No gastes salivilla en balde, muchacha. Estás ayudando a un asesino que luego te matará, para silenciarte.

—¡No! El me quiere.

—Deja de hablar. Tenemos que llegar cuanto antes a Ponte Boa. Ella le volvió la espalda.

Kemper saltó adelante, rodeando con una mano la boca femenina. Pegó sin contemplaciones.

La lancha encalló en la ribera. Presuroso, ató a Gail, amordazándola. Registró en las ropas femeninas hasta hallar la pistola.

Asegurada el ancla, echó a andar. Divisó la otra lancha, y en ella a la claridad de la linterna amarilla, vio a Gavin Compton, pistola en mano, inclinándose frente al atado Market.

Apuntó Kemper cuidadosamente, apoyando su muñeca sobre el

bíceps contrario, afianzando la zurda sobre su hombro.

Pulsó por tres veces el gatillo.

Vio saltar a Compton certeramente alcanzado.

Grito.

—¡Ríndete, Lester!

Fue Market quien contestó:

—Lester ha muerto. Venga, no hay peligro ya.

Saltó Kemper a bordo. Ordenó:

—Tranquila, Dal. Atiende a tus compañeras de fatigas.

Fue a desatar a Market, quien dijo:

—Temí que obedeciera, y que Compton le engañase.

—Soy padre, pero hombre de negocios, muchacho. Vamos a zarpar, y de una vez, rumbo a la cochina y sabrosa civilización.

Al amanecer se divisaron las primeras casas de Fonte Boa.

Masculló Kemper:

—Mi hija no es tan antipática como parece, muchacho.

—Hará feliz a cualquier mortal.

—Ya. ¿Tienes novia?

—Creo que sí.

—¿Como que crees?...

—Evelyn Joyce es deliciosa, tranquila, y en momentos de apuro, aguanta. Es servicial. Creo que sería una buena ama de casa.

Al subir al barco de Manaos, en compañía de su padre, estrechó Dalila la diestra de Market.

—Perdón por mis intemperancias, Carlos.

—Todo queda atrás, Dal. Buen viaje.

En el barco siguiente, agentes de la Interpol se cuidaban de la prisionera Gail Milford y de la cámara frigorífica en que iban los cadáveres de Compton y Lester.

En cubierta, dijo Market:

—Mi informe será fácil. Podrás ayudarme, Evelyn. Y quisiera...

—¿Qué? Dime —pidió ella, ansiosa.

—Bueno, me gustaría verte a la hora del desayuno, almuerzo y cena. También toda la noche, claro. Algo así como pedirte... Bueno, esto es difícil, pero veinte días y noches como las que hemos pasado...

—Valen por una vida, Carlos.

—Cliff.

Los labios se unieron.
El pasado quedaba atrás, y se olvidaría.
Importaba solamente el presente y porvenir.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España